

2396

**LO QUE VI
EN
LAS TIERRAS DEL
FAUSTO**

por
ANALOLA BORGES

LO QUE VI EN LAS TIERRAS DEL FAUSTO

ANALOLA BORGES

Para Herrero, el estudiante del padre P. de Turiscent
y buen amigo Analola Borges

LO QUE VI EN LAS
TIERRAS DEL FAUSTO

1 9 6 5

*Es propiedad del autor
Derechos reservados*

*A mis amigas Edita Reiddig y Emma Freckman
quienes hicieron posible mi recorrido por Alemania
en su exquisita compañía.*

PRÓLOGO

Quando un autor elige un título para su libro está obedeciendo, lo sepa o no lo sepa, a lo que los andaluces llamamos el duende, acaso el angel particular, de la temática elegida para la obra. En este caso se trata de un libro en el que se nos cuenta un viaje. La persona que ha hecho este viaje y ha escrito este libro es una mujer. Pero una mujer de profundas raíces intelectuales, doctora universitaria, acostumbrada a la investigación minuciosa y reveladora. Resulta, pues, que la doctora Analola Borges viaja por un país como Alemania, realiza el viaje en días que para los alemanes representan un momento extraordinario de su historia. Y enfrentándose, la historiadora, con la realidad del pueblo alemán, elige para título de su libro el sugestivo de «Lo que ví en las tierras del Fausto». Que sea el recuerdo del Fausto lo que el duende o el angel ha dictado al oído de Analola, para título de su libro, tiene para mí, escritor

de invenciones literarias, ajeno totalmente al rigor del investigador, una sugestiva tentación de divagar unos momentos alrededor del perfil intelectual de Analola Borges. Porque otra persona habría vuelto de Alemania con una impresión profunda del desarrollo de la economía del país, o de la capacidad de trabajo de los alemanes, o del sentido existencial de las alemanas, o de la vocación musical de los vieneses, o del sabor romántico del Danubio, o de otras mil cosas curiosas, trágicas o cultiparlantes. Sin embargo Analola se acordó del Fausto. Ella dice que si se acordó de tal personaje fué por aquello del negocio de la venta del alma, pero yo creo que, sabiéndolo o sin saberlo, el Fausto que acompañó a nuestra doctora por Alemania, y le fué hablando al oído, y explicándole los milagros y las picardías de todos aquellos que con Analola se cruzaban en los caminos y las ciudades, incluida la cuatripartita Berlín, no era el Fausto que se vendió el alma, sino el Fausto que se la salvó por amor. Quiero decir que el Fausto de Analola es el Fausto amigo y compañero de nuestro don Juan, y no el Fausto nigromántico. Los alemanes puede que vendan su alma alguna vez, porque también como Fausto, tienen la constante tentación de alcanzar el poder absoluto, en la tierra como en el cielo, en lo que se vé como en lo invisible, en lo natural y en lo sobrenatural. Pero siempre estará cuidando de los alemanes una Margarita inmortal, para con su amor salvarlos en el último momento de las garras de Mefistófeles. En el fondo Fausto y don Juan son equivalentes, y los dos son salvados por el amor de una joven pura e inocente; pero la diferencia está en que Fausto vende su alma para adquirir la sabiduría, mientras don Juan sólo la hubiese vendido para conseguir, no ya el amor eterno, sino el amor de una hora, de una buena moza, aspiración no menos trascendente que la sabiduría propiamente dicha del alquimista, del astrólogo o del mago.

En alguna parte dije, y ahora no encuentro el libro donde lo dejé escrito, que hay dos maneras de relatar las impresiones de un viaje. Unas veces, el viajero nos lo cuenta con fotografías, que pueden ser en negro o en color, pero que representan exactamente lo que el viajero tuvo delante de sus ojos. Otras veces, el relato está hecho a base de trazos y pequeños garabatos. Donde el primer viajero ha

visto un rebaño, el segundo solo vé una mancha blanca que se mueve sobre el verde del prado, como una nube de algodón bajo el cielo azul. Donde aquel ha visitado una catedral y anotado la fecha de su construcción y el nombre del arquitecto que la hizo, éste sólo recuerda el rostro torturado de una mujer, que rezaba en un oscuro rincón con los brazos abiertos. Y donde el primero ha aprendido una receta de cocina, con el peso y medida exactos de cada ingrediente, el segundo solo conserva el recuerdo del color de los ojos de la camarera, y acaso el timbre de su angustiada voz en trance de entrega y rendición. Es decir, que unos viajan con cámara fotográfica, y otros dejan la cámara en casa y llevan sólo la funda, para disimular, pero dentro de ella meten el corazón y en él van dejando que se posen las mariposas del recuerdo. Analola Borges es de éstos últimos viajeros, y por eso en vez de recordar que en determinada ciudad alemana los monumentos son de éste o de aquel siglo, nos cuenta que nota en ellas «la falta del bullicio de nuestras ciudades, el bisbiseo de las gentes, la conversación en alta voz, la apasionada discusión, la alegría». Me encanta este libro de Analola Borges porque me llega como el libro de un poeta, que es en definitiva lo que Analola lleva dentro, arrojando al profesor, al historiador y al investigador. El encuentro de Analola con los alemanes corrientes y molientes, es decir, con ese señor que pasa deprisa camino de su trabajo, y esas señoras con paraguas «que pasean su soledad triste, pero entera, a través de las rosas, los cisnes, los árboles, hasta llegar al rincón, reposo y descanso de su recuerdo», es el encuentro de un poeta con la humanidad de carne y huesos, real y verdadera. Sólo un poeta se fija al paso de los pueblos en que, como nos cuenta Analola, «los niños están limpios y parecen felices». Y sólo un poeta compra como recuerdo de las montañas del Hartz una pequeña bruja de juguete. El relato del viaje a Berlín desde Gotinga y el encuentro con el mundo comunista es realmente encantador, y falta en él todo lo que sobra en otros, cuyos autores volvieron de Berlín cargados de tópicos. En cambio el relato de Analola es muy divertido, y sin ocultar el clima de la tragedia, nos cuenta las cosas de modo que comprendamos que aquella gente es toda de carne, y tiene toda corazón, incluso los vopos, que le resultan a Analola jovencillos, simpáticos y

IV

amables. Muchas veces dice Analola en el libro que durante su viaje por Alemania sintió el orgullo de ser española, lo cual prueba que ella estaba más cerca del don Juan que se lo jugaba todo por el beso de una mujer hermosa, que del Fausto que se lo jugaba todo, también, a cambio de una fórmula química. El último renglón, en la última hoja del libro, de Analola Borges dice sencillamente: «Alemania me ha maravillado y en ella he sufrido». En esta confesión veo yo resumidas todas las alabanzas que pudieran hacerse del libro. Sólo una española, canaria por añadidura, es capaz de maravillarse y sufrir al mismo tiempo y por el mismo objeto, ya que sólo nosotros sabemos entender a Fausto, precisamente porque amamos en secreto a don Juan y estamos enamorados a la par de la dulzura de doña Inés y de la fortaleza de Margarita.

DOMINGO MANFREDI CANO

Santa Cruz de Tenerife Abril de 1965

1. De Canarias a Francfort

Fue una osadía por mi parte, lo comprendo perfectamente ahora...

Pero yo había visto, desde que era así de pequeña, que «ellos», llegaban a mi tierra en las mismas condiciones. Y a los cuantos días ya se hacían entender. Y había más... «ellos» siempre encontraban a alguien que supiera una decena de palabras en su idioma nativo. Y esto, mi palabra de honor, lo he vivido yo muchas veces. De forma que ¿para qué preocuparme? Claro que mi inteligencia no sería menor que la de «ellos», naturalmente que a la semana de estar allí, podría saludar, pedir el desayuno, decir frases corteses y... comprar en las tiendas.

No se extrañe el lector español. Hay quien está estrenando turismo. Hay regiones nuestras que se han visto sorprendidas por él. Las hay que se han engalanado como novias para esperarlo con

toda solemnidad, ilusión y esperanza. Pero ese no es el caso de mi región, ese no es ni siquiera «mi» caso. Mi caso es la experiencia de muchos años.

Llegaban... con sus sonrisas blancas, con la mochila repleta de optimismo, con los pasos firmes, con la desenvoltura propia de los económicamente fuertes. Llegaban con un plano, unas sandalias, un diccionario, una mochila y cientos de palabras ininteligibles. Pero los «nuestros» lo recibían con agrado, les hablaban con señas, con las manos, les chillaban. Curioseaban sus atuendos. Y al fin, marchaban satisfechos de que ambos «ellos» y los «nuestros» se habían comprendido.

Triunfantes con estos primeros éxitos, ya los extranjeros se consideraban «en casa». Procuraban acercarse a los niños, a los mayores. Preguntaban con los ojos, con sus sempiternas sonrisas, con sus expresivas manos, y movían los labios pronunciando muy bien... su propio idioma. Pero al final, la conversación daba resultado. Venían enseguida la admiración, el clima, el sol, los patios, los lugares típicos, todo expresado con interminables OH!!!!. Un camello producía exclamaciones en todos los tonos; la gente en las playas durante el mes de enero los dejaba mudos; el majestuoso Teide coqueteando con las nubes y las montañas azules, verdes, violetas... los convertía en artistas y poetas. La sinfonía verde del platanal, la roja de las flores de pascua, las rosas en flor en diciembre, les producía sensaciones que en sus múltiples lenguajes no podían expresar. Y entonces, se procuraban una guitarra o un timplillo, absorbían el canto de las «folías» y del «tajaraste», se impresionaban con la danza cruzada y armoniosa de la «isa»...

En fin, esto es algo de lo que he visto en «ellos». Y el motivo principal de que no me preocupara demasiado por declinar los adjetivos germanos, pronunciar sus largos vocablos compuestos de tantas consonantes que no se sabe en qué lugar colocar los labios para empezar a romper el habla... Este es el motivo de que yo, teniendo al igual que «ellos» sonrisas, manos expresivas, optimismo y deseos infinitos de conocer e interpretar su país, supusiera que la lengua es una cosa tan secundaria como podría ser, por ejemplo, llevar conmigo un reloj suizo o alemán...

La cosa empezó en el avión: Los Rodeos, Gando, Madrid... Francfort.

Queda un cuarto de hora para aterrizar. Pregunto a la señorita azafata si sabe alemán, dice que no, pero que quizá su compañera... La compañera que no, pero que si deseo algo verá si viene algún pasajero alemán. Digo que deseo saber la palabra «aduanas» que es la primera que necesitaré en cuanto llegue... (Olvidaba que mi región es puerto franco, y este contratiempo se lo ahorran «ellos»). La señorita azafata ha recorrido todo el avión, llega tres minutos antes de aterrizar. No, no existe ningún súbdito germánico en el avión, pero una señora muy sabihonda le ha escrito la palabra maldita *Zollhaus*.

Desciendo, sé que me esperan unas amigas que saben algo de español, no las veo. Busco el letrero *Zollhaus*... Allí, en medio de pasajeros y maletas están los aduaneros, serios, insensibles pero amables. Me dirigen frases que no entiendo, entonces, y por vez primera «estreno» el despliegue de sonrisas, manos y optimismo. Con gran desilusión observé enseguida que no me valía de nada. Por otra parte no estaba acostumbrada a que pasaran las maletas sin abrir, es una corrección a tener muy en cuenta. Todo mi afán era abrir las maletas, pero el aduanero, impávido, no las miraba. Por fin me dí cuenta que nadie realizaba este requisito, y, entonces, honesta, les mostré una cantidad de café que llevaba visiblemente en el bolso de mano y dos botellas de whisky y coñac. Me cobraron solo el café. No entendí, naturalmente, cuanto debía pagar. Puse un billete en el mostrador y me devolvieron unas monedas que todavía yo no conocía. Entonces, cargando en el equipaje —estamos en un país de desarrollo económico y no abundan maleteros— me dirijo a la puerta de salida... allí estaban mis amigas.

Gracias a Dios ¡qué buena impresión, que atención por su parte! que cariñoso recibimiento. Incluso me llevaron unos claves. Crea el lector que me emocioné.

Pero, con la emoción había dejado precisamente el bolso del café y los licores en la Aduana. Al volver, ya estaba otro empleado y tenía que pagar de nuevo porque había perdido el recibo. Manos, sonrisas, optimismo... no sirvió de nada. Por fin pude reconocer al

primer empleado; el billete apareció también en el suelo. Las excusas del segundo aduanero no son para contar. Pero «una» que viene de un pasi sub... eso, y que tiene contadas las pesetas, que transformadas en marcos se vuelven en una mijita de nada, le pareció de muy mal agüero comenzar su primera actuación en el país extraño, pagando doble aduana.

La lengua empezaba a hacerme jugarretas...

2. Paisajes, personas y flores

Ciertamente que desde que se llega de nuestra querida España, las comparaciones surgen sin querer. Siento una cierta envidia no del todo disimulada. Pero me digo para calmarme, y que no lo noten mis amigas: aun les falta nuestro sol!!!! y me quedo mas tranquilizada. Porque el sol germano es frío, sin brillo casi. El nuestro es... insolente, desafiante, nos encara y no podemos mirarlo de frente. Nos humilla y abate la mirada de quien altivamente se atreva a mirarle la faz.

La riqueza del suelo es lo que primero me sorprendió. ¡Ay nuestras tierras con tanto sol y tan nada agua; nuestras estepas manchegas, nuestra meseta castellana; ay nuestros ríos sin agua y cuando la llevan es para producir desbordamientos y desgracias.! Nuestros montes sin árboles, nuestras montañas despobladas.

Con esta tierra verde, ancha, cultivada de huertas y flores, con

agua superabundante, con bosques inmensos, con ríos caudalosos, con montañas vestidas de verde... se pueden hacer milagros. Se comprende mejor el «milagro alemán». Sin que con ello quiera quitar importancia al esfuerzo y a la categoría del germano, que es proverbial.

De las ciudades, no puedo decir que son bonitas. Hay en ellas algo mucho más hondo que escapan al calificativo. Hay arte, hay personalidad, hay monumentos, hay tradición, hay... eso que los eruditos dan en llamar *historia*. Hay, sí, mucha *historia*, pasada y reciente. La llevan aún a cuesta sus habitantes.

De pronto, y en una primera impresión caigo en la cuenta que no hay demasiada gente en las calles, noto una formalidad desconocida para mí. Entre la gente joven hay algo que falta. Falta el bullicio de nuestras ciudades tanto las provincianas como las capitales. Falta el bisbiseo de la gente, la conversación en alta voz, la apasionada discusión, la alegría de los transeuntes en el pueblo y en la ciudad. Pero... pronto me doy cuenta que estas ciudades no pueden tener nuestras alegrías. Les faltan muchas cosas; han perdido irreparablemente otras muy queridas, y, por último, viven su propia tragedia que no pueden disimular. El bienestar material no hay duda de que existe, pero no han conseguido el del espíritu. A pocos kilómetros de la ciudad donde escribo está la frontera comunista... y, tras ella, las familias, las amistades, la incompreensión, la desesperanza.

Y, siguen las comparaciones. Muchas bicicletas, muchísimas. Las conducen estudiantes, empleados, jovencitas, señoras mayores y mayorísimas. Sin complejos!!!. En nuestra tierra, sin embargo estas mismas personas llevarían coche, sobre todo en mi región, de ello doy fe. Gran paradoja de dos países tan opuestos económicamente.

Otra cosa es el vestido, la mujer viste con sobriedad, incluso las jóvenes. Armoniza esta sobriedad con el color de las casas. Me

pregunto por qué en una tierra casi siempre de cielo gris, pintan las fachadas de las casas tan oscuras. El paisaje cambiaría si las enlucieran de colores claros, destacarían de las alfombras verdes de jardines y huertas —adorno complementario de casi todas las casas alemanas—. Y estas casas están permanentemente cerradas, incluso las ventanas. Da la impresión de que no las vive nadie... ¡Lo que pudieran hacer nuestras muñecas con tanta ventana de cristal, entre visillos como hay por aquí! Al parecer no se estila el figoneo, cada uno va a lo suyo. Nadie se para en mirar a nadie. No llama la atención alguna estridencia en el vestir, o en la postura del paseante. Cada uno «vive» de verdad, «su vida». Pero las casas tienen algo que me maravilla... Las flores en los balcones, mimadas más que cuidadas. Es cierto, no se ven sus moradores, pero en cambio se asoman al cielo gris, el delicado colorido de las flores. Sobre todo los geranios. Cuánto podemos aprender en Canarias de estas nimiedades, que nada nos cuesta, pero que tanto hace en la belleza de las ciudades. El mismo cuidado se encuentra en los edificios públicos y en las plazas. Siempre flores, combinados los matices, con una delicadeza sin igual. Y, la limpieza. Todo está limpio, reluciente, sin improvisaciones. Las calles parecen pasillos de casas, brillan...!

Y, la lengua sigue siendo mi principal complicación. Mis buenisimas amigas no han perdido aún la paciencia, pero la perderán. No me ha bastado lo que a «ellos» les bastó en mi tierra, y que yo he presenciado tantas veces. En el autobús, en la Iglesia, en las tiendas, en los bares... solo se habla alemán. Las cartas del menú solo escritas en alemán. Y, ahora sí que pienso en nuestros camareros, limpiabotas, taxistas... —hablo de Canarias— que saben lo suficiente para entendedérselas con un sueco ó un inglés. Aquí no. Entro en un restaurante elegante, pido un consomé —que si quieres arroz Catalina— digo en francés que deseo sopa, no me entienden. Mi amiga tampoco sabe lo que es consomé. Y, debo apurar una sopa de cangrejos con mantequilla y muchos etcéteras que no pude determinar. Por fin he decidido cuando voy a comer fuera echar una ojeada a los platos de los comensales, algunos miran un poco sobrecogidos mi impertinencia y por fin digo al camarero con

manos y sonrisas: ESO. El camarero me comprende a veces... se ha dado el caso de traerme agua mineral por un bistec.

Entonces, cuando me ocurren estas cosas, comprendo más que nunca el pensamiento unamuniano de la lengua:

*«la sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuena
soberano su verbo».*

3. Osadía lograda

No puedo dejar de contar una magnífica experiencia vivida en estos primeros días de mi estancia en Alemania.

Una de mis amigas que pertenece al Club Alpino, me habló de que tendrían al siguiente día una marcha de 22 kilómetros a través del bosque. En fin que el Club me invitaría, pero que no sería de mi agrado dado mi falta de entrenamiento. Me saltó el orgullo español. Agradecidísima acepté, no faltaría más... Me respaldaba el aviso de que un autobús que nos conduciría hacia el lugar del «sacrificio», seguiría paralelamente nuestro camino por las ciudades mientras la excursión marchaba por el bosque. Así en cualquier momento, podría desviarme y tomarlo. Esta fue mi gran esperanza, y, desde luego el factor que me decidió al dar el temerario SI.

Aquello era tan nuevo para mí, como pudiera serlo la ascen-

sión al Himalaya. Preparé con todo entusiasmo el equipo que habría de necesitar. Ya se había dado la orden de que no se dejaría de hacer la excursión aunque lloviera. De forma que había que ir preparado para todo.

No puedo definir mi entusiasmo. Cómo me probé una y otra vez el equipo del agua, el del calor —si lo hubiera...— el calzado apropiado, los calcetines... Parecía un día de Reyes... ya tan lejano para mí.

Es domingo. Misa a las 6 y 15 de la mañana, en la Iglesia de San Miguel asistida por jesuitas. La ceremonia lenta y emotiva, comulgamos. A las 7 menos cinco salimos apresurados hacia el autobús. Nos esperaba, al reducido grupo católico, el guía de la excursión. Un señor muy agradable que me presentó al resto de los componentes: la española no conocía el idioma, era la primera vez que realizaba una marcha... en fin comprensión y atenciones. Mis amigas traducían.

Mi asombro primero fue el de observar las personas que componían el grupo. Eran en su mayoría señores y señoras que habían cumplido hacia tiempo los sesenta años... Pensé que eran de las que permanecerían en el autobús. Pasamos unos pueblos preciosos, limpios, con niños limpios, con casas limpias, con mujeres y hombres fuertes y sanos. No vi una sola casa donde pudiera apreciarse miseria, ni siquiera pobreza.

Llegó la hora de abandonar el autobús. Las nueve de la mañana. Confieso que lo miré al dejarlo con cierta nostalgia. Pero... todas las personas, las más ancianas las primeras, lo dejaban con alegría. No podía, a fuer de española, andarme con sentimentalismos, temores o pensar ni remotamente en el cansancio... En todo caso, con la primera que se cansa —pensaba— que se cansará pronto yo me invitaré a acompañarla...

La primera parte fue una maravilla. Delante el guía, como jefe de ejército, conduciendo a sus huestes de ambos sexos. La disciplina era absoluta. El, con su plano, su visión de montañero, su experiencia, era el responsable de conducirnos a buen fin. Sabía su responsabilidad y se sentía orgulloso y seguro de sí mismo. No importan sus años. Pantalón corto, media y jerseys de lana,

detrás la mochila. Paso firme, alguna broma para el camino y... adelante!!!

En el camino, encrucijadas de sendas pobladas de verdes en una lujuriosa ostentación, el sol desfileca su luz pálida en encajes dorados, grises, blancos, la enramada se nos acerca y a veces obstaculiza el paso. De pronto se hace sombrío y tenebroso, para reaparecer un claro allá como una mancha, donde la arboleda se hizo escasa. Contrastes de claro-oscuro en el cielo y en el suelo; un arroyo se desliza, sin rumor; y los pájaros entonan la canción no aprendida desde las terrazas verdes de sus impresionantes mansiones.

Nadie se cansó ni siquiera se pronunció esa palabra. Pasamos los seis primeros kilómetros. Yo estaba asombrada de mí misma. De donde sacaba tantas fuerzas? No es posible que solo fuera del orgullo. Me sentía contenta, optimista de realizar aquella hazaña, que para los demás era un paseito de nada. Y, las señoras mayores, tan felices, hablaban, hablaban... y me dedicaban sonrisas de ánimo. Los señores también muy atentos se preguntaban si continuaría. Pero aseguro que de verdad no estaba ni pizca de cansada, la naturaleza se presentaba en todo su esplendor a través del bosque con una flora rica y abundante, y el clima nos ayudó mucho.

Llegó lo peor, la subida a un monte... ahí sí, que creí que no llegaría. La lengua materialmente fuera... pero sin sacarla para disimular. Me decía que si las ancianas hablaban y charlaban como si estuvieran sentadas en el Retiro de Madrid, porqué yo, que iba callada, notaba que el corazón se me salía y que la lengua se secaa...? Por una sola vez me ha sido de gran beneficio no saber alemán. Fue en ésta. Si hubiesen hablado conmigo... tendría que seguirles la conversación. Mis amigas, las que hablan algo de español, procuré dejarlas a un lado. Así, yo iba realizando mis propios esfuerzos... Al fin llegamos, fué la parte peor... ya teníamos 11 kilómetros de andada.

Una parada para visitar un castillo del siglo XI, perteneciente al feudalismo. Qué bien vivía el señor feudal... que magnificas sus posesiones de tierras, qué riqueza qué perspectivas, qué asombro... Pero y sus siervos???. Y, vuelven las comparaciones: en España se

había dejado de ser siervo trescientos años antes que en el resto de Europa. Pueblo el nuestro tremendamente individualista. Pero benefició a la economía? Posiblemente no. Más, qué importa la economía individual o nacional ante la idea justa de la libertad?

Desembocamos en un pueblo. Allí estaba nuestro autobús. Esperaba, aguardaba, era una tentación. Era la meta, era algo indefinible pero que yo esperaba en el subconciencia... aquello de pronto, se hizo realidad. El *autobús*. Mis pies empezaban a notar el cansancio. Después de aquella tremenda subida, ya lo demás parecía nada. Mis amigas me razonaban para que no continuara, ellas, desde luego, quedarían conmigo. Pero del resto de la excursión nadie quedó, ni siquiera hubo la tentación de acercarse a él, al autobús, al que yo creía para muchos y muchas el puerto de salvación.

Entonces pensé: estarás lo mismo de cansada con 22 kilómetros que con once. Si te quedas ahora, no habrás realizado nada digno de contar. Es una cobardía que por merengues dejes esta magnífica ocasión, no tendrás en tu vida otra oportunidad... Y venció la razón, como era de esperar al cansancio prosaico de los pies.

La segunda parte fue al menos tan interesante como la primera. No me hubiese perdonado el haberla abandonado. El guía entonces, comenzó a tenerme como algo digno de consideración. Es un señor Dr. en Matemáticas. Nos entendimos mitad en francés mitad en latín. Esto ya empezaba a estar mejor. Otras excursionistas habían estado en Canarias y balbuceaban el español. Mis amigas, que habían estado en España y en nuestro Curso de extranjeros del Puerto de la Cruz, se hacían lenguas propagando las bellezas de nuestra patria y la eficacia e importancia de los Cursos.

Toda la excursión me resultó magnífica. Conocí a personas muy diferentes. Comprendí la disciplina y la amistad dentro de estos clubs, que además son los que escalan los Alpes durante el invierno... Todos me mostraron sus simpatías a la hora de tomar el té en un refugio.

A las 7 de la tarde habíamos cumplido nuestro itinerario. Cansada yo y gozosos todos.

Como detalle de solidaridad, la excursión completa, con el guía fue al Auditorium del Seminario de Filología Románica de la Universidad de Gotinga, para oír las conferencias sobre Canarias y sus relaciones con Europa, que debía yo pronunciar en días siguientes. Aplaudían y me sonreían.

Todo esto me impresionó.

Unos días después, recibí la visita del Dr. Warnebold el heroico guía de la inolvidable excursión, me entregó una carta que transcribo:

DEUTSCHER ALPENVEREIN
SEKTION GÖTTINGEN E V

GÖTTINGEN, den 10. Juli 1964
Bankverbindung: Wendenstr. 8a.
Deutsche Bank Göttingen, Zindelstrasse 3

Frau Professor Dr. Analola Borges, Teneriffa, hat am Sonntag, dem 5. Juli 1964, an der Wanderung der Wandergruppe Göttingen des Deutschen Alpenvereins.

Göttingen - Spangenberg - Ruine Reichenbach - Dorf Reichenbach - Grosser Stein - Gut Wollstein - Harmuthsachsen Göttingen teilgenommen. Sie hat die 22 km über Berg und Tal und durch Wald und Feld mit bewundernswertem Geschick gemeistert.

(Dr. Warnebold)
Wanderführer

Al parecer es un certificado de mi presencia en tan «valiosa hazaña». Una vez más, gracias, amigos alpinistas.

4. Mi encuentro con el César

«Señor Obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana.»

Del Emperador Carlos I de España y V de Alemania al Embajador del Rey francés obispo de Mançon ante el Papa Paulo III. El Vaticano, 17 de Abril de 1.536.

He conocido Francfort. Es una ciudad que vive hacia dentro. Un gran aeropuerto la une con ciudades de allende las fronteras germanas y también de Ultramar.

No se puede hablar de Francfort sin citar al mismo tiempo a Goethe. Su casa-museo, se conserva con una autenticidad que impresiona. Cada estancia está magníficamente cuidada. Allí, hasta sus juegos, sus libros, sus sillas, su cocina. No sé por qué en la Casa de Goethe, recordé a nuestro Zurbarán. Nada tiene que ver, ni en arte, ni en tiempo, ni hay coincidencia alguna. Sin embargo... Zurbarán ¿Por qué? Acaso la cuidada mansión hasta en sus nimios detalles, la cocina puesta con todos sus aparejos y cacharros, los candelabros prestos para encender, el pozo del agua con el cubo a punto... me recuerden esa amorosa complacencia del pintor extremeño en las cosas secundarias, en la naturaleza muerta,

en la auténtica representación de lo auténtico, sin artificio, sin tratar de deslumbrar...?

Y, el Fausto? Un profesor de la Universidad me preguntó con zumba si lo había encontrado. Le repuse que aún no, pero que esperaba no marchar de Alemania sin verlo.

¿No hay un monstruoso Fausto en todo el país, invisible, pero real? El causante de que este país no ría, el origen de que lleve como a costas pesados y profundos fardos aunque se halla exteriormente en plena juventud?

Mucho más difícil me parece encontrar el espíritu romántico de Goethe. He oído cantar en la iglesia, en excursiones, en las bodas. Todos afinan, todos acordes, como ensayados muchas veces, a pesar de ser improvisaciones y reunirse con desconocidos. Me ha extrañado esta finura especial, esta facilidad para el canto, la sutileza del oído... pero he querido interpretar que faltaba «alma». Es decir el espíritu romántico a que me refería antes. Y, ya sabe, el lector que no me estoy refiriendo al trasnochado sentimentalismo decimonono. Me refiero a que es posible que falte en este pueblo, en colectividad, por supuesto, aquella cuerda lírica que está en lo más hondo, en el intimismo. Y digo que es muy posible que falte, porque sería milagroso que aún la tuviera. La imagino quebrada por mil desgracias pasadas y presentes. Presiento que esa cuerda lírica tardará en formar acorde con las afinadas voces de los coros que me han entusiasmado tanto.

Tiene un especial interés el Ayuntamiento. Observo que este edificio es primordial en todas las ciudades que he visitado. Allí, en el de Francfort, en un suntuoso salón están representados todos los Emperadores. No sé si será alguna pasionsilla la que me mueve a decir que el mas guapo de todos los Emperadores que allí «saludé», fue nuestro gran Carlos V. No es que la pintura fuera demasiado buena, pero no podía ocultar su personalidad, su don cordial, su majestad...

Le hice una reverencia, como he visto en el films y en el teatro que se le hace a los Reyes y Emperadores. Y, le dije sin palabras: te admiro majestad. Fijate, mi insignificante persona ha venido a Alemania para hablar precisamente de tí. Majestad, no pudiste pensar esto en Mülberg, en Túnez ni en Pavía... ni siquiera en tu retiro de Yuste pasó por tu ingeniosa cabeza de político y de primer estratega de tu tiempo, que yo vendría, precisamente, a los dominios de tu Imperio desde mi querida España para hablar de tí. Y, mira bien, para hablar de tí en lengua española, que es la que comprende todo el mundo. La que tu utilizaste una vez que la aprendiste. Por tí, la lengua de Nebrija y de Garcilaso se extendió por Europa. Se hablaba en palacios y en conventos, en las cortes de Viena y de Baviera. En Roma tuvo que oír de tus labios, y muy a pesar suyo el embajador francés.

Pero ahora, Majestad tengo que hacerte una confidencia ...ya no se habla nuestra lengua en Europa. Y, más me hubiera valido haber aprendido la tuya, la de tu niñez. Sin embargo, la lengua española se sigue hablando en América. La hablan a maravillas 20 naciones. Cada una con su propio acento, pero sigue siendo la lengua castellana, enriquecida, evolucionada. La lengua siempre vieja y siempre nueva de los dominios tuyos, cuando fuiste Emperador en dos continentes. Y es ella, la lengua, la que nos sigue uniendo a los hermanos de América. Con ella conversamos y discutimos. Con ella lloran los poetas y cantan los niños. Con ella las abuelas y las mujeres del pueblo recitan romances y cuentos de brujas. Con la lengua castellana, los niños de veinte naciones aprenden a rezar y a conocer la Historia.

5. La Novia del Elba

¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano porque de ella
que ni un solo dedo agita,
se prendió la dinamita
y la convirtió en estrella!

Miguel Hernández

De «Rosario dinamitera»

Hamburgo es la ciudad hacia fuera. Grande, espléndida, majestuosa. Vive cara al mar, pero aun en el río. Extiende sus brazos enormes, verdes, a una y otra orilla hasta asomarse al Norte. Quiere como abandonar el continente para marchar tras la aventura que adivina en los centenares de buques de todas las naciones que pueblan su puerto, y surcan sus aguas. Tiene nostalgia de sal. Se embellece con parques fantásticos, extensos, cuidados.

Afortunadamente no necesito del lenguaje para admirar las bellezas de Hamburgo, me sobrecogen, las disfruto, quiero retener en la retina sus paseos, sus puentes innumerables, sus ríos, sus bosques.

Hamburgo tiene, como todas las grandes ciudades y además poseedora de un gran puerto, su «barrio chino» es el barrio de San Pablo. Allí hay una profusión de lugares propios para el bajo pla-

cer. Los rótulos de estos establecimientos tienen nombres universales: La Lolita, Saint Tropez, Moulin Rouge... La noche presenta un magnífico espectáculo de luces en colores. Carteles de reclamo los hay por centenares... En el mismo barrio hay lugares muy elegantes, medio elegantes y nada elegantes... aunque todos presenta el mismo programa según he podido ver en los carteles expuestos con toda crudeza.

Pero hay algo que a mí, española, me llamó la atención de una manera especial. En medio de aquel suburbio donde se asienta el reino de la concupiscencia, en el mismo corazón del barrio, hay una Iglesia católica. Oasis y refugio que invita a la elevación del espíritu. Pared por medio, las casas destinadas al recreo del cuerpo. Es un consuelo saber que no todo es placer material en aquel lugar brillante de luces y colores. La Misa en esta Iglesia me produjo una especial sensación de bienestar, de alegría íntima. Allí viven unas religiosas que tienen un colegio de niños, un parvulario. Tanto los niños como las religiosas, no podrán salir ni siquiera al patio sin que se encuentren los carteles anunciadores y provocativos, los reclamos del placer.

Mi extrañeza del principio se trocó luego en gozo. La Iglesia debe estar allí donde es más necesaria. Las palabras de Cristo «yo no he venido a buscar justo sino pecadores» tienen precisamente aquí cumplida razón. Claro que hay otros muchos barrios donde el pecado reina, aunque no sea tan escandalosos como éste. Pero allí, en aquellos barrios, donde gobierna la injusticia, la impiedad, el dominio, la soberbia si que ya existen Iglesias. Esto en todos los lugares es común.

El orgullo de Hamburgo junto con su Puerto es el Ayuntamiento. Allí se halla erguido y enclavado en medio de la ciudad con prestancia de señorón centenario esculpido en piedra negra de líneas barrocas y rematado por una torre alta central de color verde. Más que una Casa Consistorial, parece un palacio propio de Reyes. El interior corre pareja en hermosura y riqueza con el exterior. Salones de recepciones, de parlamento ordinario, de sesiones secretas. Salas para todos los gustos. Cuadros de ediles célebres, y los ha habido muchos, con la gola al cuello, según la moda de Feli-

pe II, a la española, que ha permanecido como traje solemne hasta el pasado siglo.

Iglesias de confesiones protestantes góticas, románicas, iglesias barrocas, iglesias-fortaleza. Palacios, torres, tiendas de lujo, joyerías... Todo esto presta un especial interés a la ciudad, con sello de señorío, de tradición, de buen gusto. Está mas que justificado el orgullo que Hamburgo siente de sí misma, al asomarse en las aguas anchurosas de sus ríos navegables, y la pretensión de querer escapar hacia el Norte, porque, con justa razón, cree, que su hermosura debe ser conocida por lo mares que timidamente intentan acercársele, mientras su río, el Elba, celoso, la oculta tras sus extensas aguas para hacerle creer que es MAR.

Hamburgo ha resurgido de escombros y cadáveres recientes. Setenta mil de sus habitantes fué el tributo de la población civil en la última contienda mundial. Muchos de sus edificios artísticos han sido reconstruidos piedra a piedra, otros fueron definitivamente arrasados. Pero ha recuperado el auge y esplendor que le es tradicional. La ciudad del Elba nos recibió engalanada. Su puerto cumple en este año la respetable edad de setecientos setenta y cinco años. Las cúpulas y las torres verdes de sus grandes edificios nos presentan una espléndida bandera de Esperanza. La novia del Elba se ha engalanado con banderas y flores. y se ha cubierto de niebla en estos días festivos en que cuenta su edad por centurias, para disimular, quizá, la rugosa piel de venerable anciana, con la apariencia juvenil de un nuevo renacer.

6. Lo que se ve al paso

Cuando se quiere recorrer un país en poco tiempo, no hay más remedio que pasarse una gran parte de ese tiempo «rodando» ya sea en auto, o bien en tren o en bus. De esta forma he podido conocer diferentes carreteras, autopistas y vías. Además de observar a la gente que viaja, al «comun» y a los otros...

Es una distracción mas viajar por las carreteras. Nos salen al encuentro los bosques, los lagos, los pueblos grandes y pequeños, los balnearios, los ríos y los arroyos. Es como una cinta interminable de verdes matizados y amarillos secos. Ahora es la recolección del trigo. Allá en el horizonte hay siempre niebla, que oculta en parte las montañas... en parte el linde con la zona ocupada, la zona prohibida, la Alemania del Este, la tragedia actual de Europa y del Mundo. Pero hay que venir a pisar este terreno para comprenderlo. Allí a unos pocos pasos de tanta magnificencia natural hay unas

torres con vigías permanentes extraños a la propia nación, al propio país... es la raya insoslayable, es la enorme herida de la tierra fértil, es el miedo y la inseguridad de los habitantes... más allá están los «otros», lo bastante cerca para que puedan divisar todos los movimientos de los de aquí. Hay en estos habitantes una resignación contenida. Somos los vencidos, dicen...

Otra cosa que he visitado con profusión, y precisamente por motivo de la rapidez del viaje, son los bares y restaurantes. En general son buenos, limpios y acogedores, pero... hay falta de personal. Hay camareros alemanes, italianos, turcos... Sirven después de larga espera. No puedes protestar porque no hay servicio...; cuando te sirven, el camarero o camarera es atento, pero sin cordialidad. No hay mas conversación que la petición del menú.

No puedes preguntar nada porque no tienen tiempo de responder. Están cumpliendo su obligación al estilo germánico. Lo hacen bien, pero sin «propina» para el comensal. Todo es rápido.

La cocina es de muy buena calidad. Me extraña las cantidades que se acostumbra a servir para una sola persona, pero aún me extraña mas que esa sola persona apure el alimento que contiene el plato, y lo singularizo porque es corriente pedir uno solo. Lo de *plato* es por dar un nombre usual, pero en realidad se trata de bandejas individuales, superabundantes. Al principio suponía que era la bandeja propia del servicio y esperaba, inocentemente, a que Herr ouver (el Sr. camarero) me trajese el plato; pero no, inquieta por la espera, comencé a observar que los vecinos y las vecinas de mesa atacaban la bandeja con verdadero espíritu de indiscutible posesión. Entonces yo, timidamente, comenzaba con la mía sin saber con frecuencia por donde empezar, carne en cantidades industriales, ensalada de patatas con azúcar, pepinillos, lechuga también azucarada, huevos fritos..., en fin una bandeja, léase plato único. Pero no tan único como habrá podido observar el inteligente lector por la descripción que acabo de hacer...

Recordaba la tapa española, esa mijita estupenda de calamares, gambas, albóndigas, pero todo en pequeño, sin asustar. Si te gusta, repites las veces que quieras, en bandejitas diminutas, deli-

cadass... Pero aquí no se estila eso. Y yo estoy aquí. Por tanto, debo atenerme a lo que se estila.

No es frecuente encontrar pescado en los restaurantes, a excepción de los viernes; y me ha parecido bien rara esta secular tradición católica, precisamente en un país de mayoría protestante.

El pan y el agua solo se sirve si es solicitado por el comensal. En cuanto al pan es de centeno, negro, soso y sin gusto pero —según los germanos— muy digestivo. Lo hay también blanco, pero este no es propio del país. Las bebidas para comer no tienen que ser necesariamente alcohólicas, se come con mucha naturalidad con té o café, como pudiera hacerse con el mejor vino de mesa.

Otra cosa que observo es que se puede ocupar cualquier mesa siempre que haya sitio libre. No es como en España que un señor o señora con una taza de café o un vaso de cerveza se coge una mesa toda entera para él o ella solito o solita; y si en algún lugar de concurrencia alguien pretendiera compartir la posesión eventual de «nuestra» mesa, nos sentaría como un tiro, como una impertinencia, como una frescura...

Pero en Alemania aunque la gente es menos amable, es sin embargo mas organizada y práctica, lo que motiva que comprenda lo que nuestra comodidad no nos permite entender.

En los restaurantes, aunque estén muy llenos, hay siempre un confortable silencio... la gente habla en voz baja, al revés de los latinos que enseguida lo resolvemos todo a gritos, y, desde luego, nada de música estridente, ni de ningún género. El silencio es una de las cosas que mas me ha maravillado. Silencio en las casas, en los bares, en las calles. Guardan silencio en los coches y en los jardines públicos.

He oído música de la buena y conciertos inolvidables, pero en su lugar. Son muy frecuentes los conciertos al aire libre, en los parques. Diríase que aquí se vive en gran parte pensando que el parque es la prolongación del hogar. Con el clima tan crudo de

este país, y no hay parque que no tenga su «auditorium» al aire libre. Allí se oye la música con recogimiento y casi diría que con religiosidad. Muy abrigados todos los oyentes, con bufandas y paraguas por si acaso llueve, pero las sillas llenas.

He recorrido magníficos parques, que rodean las ciudades o están metidos en el mismo corazón de ellas; mitad jardín, mitad bosque, con juegos para niños y distracciones para mayores. En ellas hay algo que también me ha gustado: los bancos. Esos bancos estratégicamente situados en lugares donde puede haber sol, cuando sale, o al abrigo del aire; en rincones desde donde se divisa un paisaje risueño, allí está colocado el banco que invita al descanso, al reposo a la meditación, al sueño. En Hamburgo, que posee uno de los parques mejores de Europa, he visto a docenas de personas durmiendo tranquilamente en hamacas, distribuidas por lugares preciosos. Señoras y caballeros, chicos y estudiantes, metidos en sus abrigos, recibiendo el tibio calor del sol y durmiendo placidamente la siesta.

De todos estos paseantes, los que hacen mayor número son las señoras de edad avanzada. Con sus trajes sastres y sus abrigos impermeables, sombrero generalmente blanco, y zapatos claros. Y, por supuesto, el paraguas. Estas señoras son las más asiduas paseantes. Pienso que deben ser, en mayoría, las madres de tantos soldados, las esposas de tantos muertos. Las mujeres que pasean su soledad, triste, pero entera, a través de las rosas, los cisnes, los árboles, hasta llegar al rincón, reposo y descanso de sus recuerdos. Allí, leen o piensan, o duermen. De regreso a casa, ya van mejor. Cuando he oído que muchas señoras de la Alemania del Este no abandonaron aquella zona, cuando pudieron hacerlo, por no dejar atrás sus muertos, siento una pena indefinible. Y me viene al recuerdo la imagen descrita por el poeta uruguayo.

*«Vedla sola en la playa. En esa lágrima
rueda por sus mejillas un recuerdo.
Sus labios las sonrisas olvidaron».*

Llevo ya tres semanas en Alemania y continúo sin saber decir a derechas los buenos días. No olvide el lector que mi inteligencia es bastante corta, pues he echado una hojeada y otra ojeada a la gramática, y se me hace una montaña. Creo que me merece mas respeto que el primer texto de griego que cayó en mis manos. Al fin, cuando ocurrió este suceso, hace ya muchos años... eramos alumnos inconscientes, y además estábamos todos en las mismísimas condiciones de no haber visto nunca un libro de griego. Pero esto es distinto completamente. Aquí hablan alemán hasta los niños de tres años... Y yo comienzo a sentir un complejo difícil de superar. Sigo sin explicarme cómo esos preciosos niños que me encuentro en todos sitios, rúbitos, como serafines de los pintores del Trecento, con sus manitas que intentan alcanzarlo todo, y especialmente con los labios pequeños, rosados, preciosos, pueden pronunciar esas palabras tan largas. *No me lo explico.*

A veces me siento incómoda, porque me doy cuenta que me observan. Deben «notar» que soy extranjera, aunque permanezca callada. Pero «sufro» pacientemente esta observación, que por lo demás, no es impertinente, pues la verdad es que yo no me las ando con chiquitas, y a mi vez intento observarlo todo y a todas las cosas, pues todo despierta en mí un especial interés.

También he encontrado al paso unas veces, o bien he ido en su busca, a nuestros emigrantes españoles. Nos hemos visto en diferentes lugares. Hemos hablado brevemente, hay en todos ellos el anhelo tremendo de la vuelta a España. Sus dificultades comunes son: el clima, la lengua, y la desigualdad del trato con respecto a sus compañeros alemanes.

No les basta los salarios altos. No se sienten a gusto. No están alojados dignamente. En fin, tiene dificultades para llevar a sus familias. Quizá nuestros trabajadores no estuvieran preparados cultural y profesionalmente para enfrentarse con un país de nivel mucho más alto que el nuestro. Quizá exageren la situación por la

«morrifa» de la tierra. Pero he sacado la conclusión de que estas relaciones entre nosotros y aquellos obreros es casi tirante. Y no ayudará, precisamente, a basar la amistad entre ambos pueblos.

Y he sentido que esto suceda, y aún más he sentido que continuará sucediendo. Nuestros emigrantes deberían salir preparados culturalmente y capacitados profesionalmente, para evitarse humillaciones por parte de los propios compañeros.

Estos breves encuentros me han dejado tristeza en el espíritu. Quiera Dios que en un futuro muy próximo, nuestros trabajadores no tengan que salir de la patria para ganarse dignamente el jornal necesario.

7. Casel, Goslar, y el Hartz

La visita a la industriosa ciudad de Casel la realicé con 38.° grados de temperatura. No es el mejor ambiente para recorrer calles o mejor para callejear, ni para pasear por los jardines y parques próximos, que también queman.

Donde mejor se está es en el Museo, fresquito y admirando las maravillas artísticas. Sin embargo hay que desechar la pereza, olvidarse del calor y, callejear... a eso he venido. Las ciudades hay que visitarlas así, con los pies muy cansados y los ojos muy abiertos. Al final triunfa el duendecillo urbano que se va adentrando en el espíritu y se olvida el cansancio.

Pronto me doy cuenta que es la hora del almuerzo y debo apresurarme porque se va el tiempo —el que los alemanes tienen para estos menesteres— (y, aquí, ya se sabe puedes quedarte sin el almuerzo porque ya no es hora). Siento tener que perder horas en

tan prosaico menester. Insisto con mis amigas en que me basta con un café y un bocadillo. Pero en esto sí que no transigen. Se piensan que volvería enferma a España... Y, yo me digo a solas: sería gracioso que regresara anémica del país opulento y rico. Pero no hay peligro. La hora de la comida es ritual, y que se vayan a freir espárragos los monumentos, los escaparates y las nuevas urbanizaciones. En cuanto a las comidas me doy por vencida porque es inútil discutir.

Casel tiene un gran movimiento comercial e industrial. Había quedado casi destruido en la última contienda. Está totalmente restaurado, pero una gran parte de sus glorias arquitectónicas no han podido reconstruirse. En su lugar se levantan modernos y amplios edificios. Casel se convirtió en un gigantesco y macabro cementerio en una horrible noche de bombardeos en la que perecieron cuarenta mil de sus habitantes.

Posee un magnífico museo dedicado a Rembrandt y sus contemporáneos. Allí Rubens y Durero tienen lugar preferido, también Van Eyck. Había un solo español representado, José de Ribera, el llamado «Españoleto» por los napolitanos, con una virgen Dolorosa que yo desconocía. Se encuentra también una exposición de fama internacional, Documenta, sobre arte actual. Las esculturas están en el parque, al aire libre. Son todas de dimensiones monumentales, con extrañas representaciones, realizadas de materiales diversos que dan una idea muy precisa de la concepción artística de nuestro tiempo.

Es típica la visita a la famosa torre de Hércules, en un lugar verdaderamente idílico. La torre se halla situada en una colina, y la remata una espléndida escultura del dios de la fuerza. Desde esta torre parte una artística cascada de agua que desciende espumosa y escalonada para ubicarse en los flancos de un lago, donde flamencos y cisnes pasean su distinguida figura, orgullosos de verse reflejados en las aguas tranquilas y verdes. Es un verdadero espectáculo contemplar estos lugares que se prolongan en jardín y termina en un magnífico palacio donde dicen que estuvo prisionero el Tercer Napoleón. Y, según cuentan, este forzado retiro es tan estupendo lugar, lo llevó con tal alegría que los alemanes lo apodaron «el muchacho alegre».

También hay recuerdos napoleónicos —de Napoleón el Grande— en la carretera que conduce a Casel. Antiguos caminos mandados a construir por aquel coloso, y álamos gigantescos situados en lugares estratégicos como señal de concentración de sus tropas. Esto me han dicho.

Al norte de Casel se encuentran lugares y ciudades extraordinarios por sus recuerdos medievales que han permanecido casi intactos a pesar de la técnica y de las contiendas. Entre las ciudades sobresale Goslar, antigua residencia de Emperadores, con palacio del Siglo X. Durante trescientos años fue esta ciudad el lugar preferido por los Emperadores germanos para sus residencias. Este palacio-fortaleza que he podido visitar con detenimiento está considerado como el de mayor extensión, y el más antiguo de los palacios medievales.

El trazado de la ciudad con sus callejuelas estrechas, donde puede apreciarse blasones, escudos, casas de auténtico estilo románico y gótico primitivo produce al paseante la impresión del tiempo detenido. A cada paso se encuentran las águilas imperiales, como decoración primera de la ciudad, así como numerosas esculturas que representan la figura del emperador, generalmente sentado sosteniendo el mundo rematado con una cruz en una mano, y el cetro en la otra.

El Ayuntamiento o Rathaus es otra joya arquitectónica con la espléndida sala de recepción donde el burgomaestre recibía al Emperador. Historia centenaria hecha piedra, escultura, calle, portón, escudo. Goslar es una ciudad inolvidable, donde sentí de verdad tener que abandonarla. Hubiese estado una semana, de haber podido ser. A la caída de la tarde me pareció percibir el trotar del jinete que tras la montaña que cobija el palacio traía la nueva del triunfo en los campos próximos.

Goslar, como nuestro Santiago de Compostela, deja huella imperecedera. Estos lugares son descanso para el espíritu, olvido de

la frivolidad y de la superficialidad y nos sumerge, aún sin quererlo, en su historia centenaria, de una sociedad que fue...

Goslar está al borde de las extensas montañas del Harz que a su vez cobijan magníficas ciudades de pasadas glorias medievales, balnearios espléndidos dedicados a sanatorios y piscinas para el público.

Pero lo mas importante de estas preciosas y verdísimas montañas del Hartz es quizá el hecho de ser el seguro asiento de las brujas germanas. Fue lástima que no pudimos llegar al lugar más alto, a Brocken, donde con toda verdad las brujas se dedican a sus menesteres, porque este histórico lugar pertenece ya a la zona ocupada por los soviets. Así, no puedo contar, porque no lo he visto, cómo es materialmente una bruja, ni en qué consisten sus misteriosos hechizos.

Esta novedad ha sido una pena intensa no haberla observado directamente... pero al parecer los señores comunistas que deben tener mucha fe en todas estas cosas, han preferido monopolizar tan interesante espectáculo.

Para contentarme, he comprado una bruja. Por cierto feísima, con escoba y todo, que venden como «souvenir» en los pueblos vecinos. Y la imagino en coro recitando aquellas estrofas del Fausto:

*¡Da valor
y da ardor
a las brujas el unguento!
Cual si fuese hecho de intento,
servirá de fuerte vela
un jirón de cualquier tela;
y un dornajo bien compuesto
antes que la noche acabe
servirá también de nave.*

*Cada cual corra a su puesto.
 ¡Quien no esté volando ya,
 morirá morirá!
 Cuando a la cumbre lleguemos,
 a gatas andar debemos
 y las matas y zarzales
 y negruzcos matorrales,
 enteramente
 nuestra gente
 ha de cubrir sin un claro dejar,
 hasta reventar.*

En fin, este «delicioso coro» no he podido oírlo por las razones antes dichas. Tampoco he podido admirar el lugar preciso donde se encuentran. Pero lo describe muy bien Goethe. Y yo se los paso a los lectores que lo hayan olvidado:

«...Soledad. Vacío. Ruido de trompetas. Relámpagos. Truenos en las alturas. Trombas de fuego. Humareda terrible. Surge de súbito una roca. Un pueblo inmenso alrededor. Obstáculos... Peligros. Gritos. Canto».

«...Apenas puede uno sostenerse del calor que hace... Discurso de Satanás. Presentación. Investiduras. Medianoche. Desaparición de la fantasmagoría. Volcán. Un tumulto inaudito. Tempestad y relámpagos.»

Todo esto nos lo hemos perdido. A cambio recorrimos pueblecitos preciosos y risueños que se alzan como sembrados en las poéticas montañas hechizadas del Hartz.

Recostada en el césped de la tarde tranquila, oteaba la altura de Brocken por si algún ser alado o con escoba se dignaba aparecer. Pero solo se me dió la ocasión de ver una torre metálica con vigías de frontera... Esto me hizo desconfiar del poder atribuído a las brujas, a no ser que... se haya establecido un pacto entre ambos poderes.

8. Las malas costumbres germanas

Los germanos tienen muy malas costumbres. Estas malas costumbres debo seguirlas sino quiero quedarme en blanco. No comprendo estos desdichados hábitos en países que deberían haber aprendido mejores formas. Creo que en esto los países subdesarrollados estamos mucho mejor, por fortuna para mí. Me gustaría saber con este endiablado tiempo a qué viene levantarse a las 6 de la mañana para empezar el trabajo media o una hora más tarde. A qué viene comer a las doce y media, a qué acostarse casi con las gallinas de 10 a 11 de la noche. Esto lo encuentro casi tan inexplicable como el que los niños sepan el idioma alemán...

Creo que aún desconocen las delicias de levantarse a las 9 y comenzar el trabajo a las 10. El encanto de dormir la siesta y seguir trabajando, si es preciso, hasta la noche. Y, después de la cena, es una hora muy razonable para el cine, el teatro, los paseos, la tele-

visión... y hasta para hacer crucigramas. Con lo bien que salen los acertijos a las dos de la mañana!!! Pero no, aquí hay que hacerlo todo al revés. Las salidas para cualquier lugar no se hacen después de las siete de la mañana —de la madrugada digo yo— Ah, esos trenes de la Renfe que pueden tomarse a cualquier hora de la tarde!! Muy sucios e incómodos, de acuerdo, pero y el horario? Claro, a razón de estas madrugadas, discurre todo el día. Si quiero oír Misa, ha de ser por lo general de 6 a 7 de la mañana. Si quiero salir de viaje, levantarme a las cinco. Pero lo genial es que todos aquí lo encuentran tan natural que se extrañan de mis comentarios y protestas inútiles. ¿Para qué diablos, les digo, sirve entonces que seáis un país desarrollado sino disfrutáis de un horario razonable?

Pero eso no es todo. A las 6 de la tarde las tiendas están cerradas. La mejor hora para que las señoras y señoritas que no tienen nada que hacer puedan dedicarse a ver muestras en los comercios y probarse vestidos que no tienen intención de comprar. En Alemania tendrían que salir mucho antes si quieren dedicarse a este deporte.

No es tampoco raro, acercarnos a un restaurante que nos habían elogiado y encontrarlo cerrado por vacaciones... Pero que formalidad es esa? Para qué quieren vacaciones los barman? No, he sacado la consecuencia de que en mi país se vive mejor. Y, no olvidemos que la tercera parte de la vida la pasamos durmiendo. Y además los bares están siempre abiertos.

Porque además se da el caso aquí, que sales a tomar el tren o el autobús a esas horas tempranas de la aurora y no hay un bar abierto donde tomar un mal café —y esto de mal va en toda la extensión de la palabra— Aquí el café es un poco agua marrón, y, con poca azúcar, y menos leche. Al principio, me mostré muy comedida. Podría ser que el país pasara por una carencia de estos artículos. Está el problema de Cuba, la surtidora mundial del azúcar y está el problema de las vacas, que no siempre están en dis-

posición de producir toda la leche necesaria. Pero cuando he visto las múltiples fábricas de azúcar distribuidas en todo el país. Y el magnífico ganado vacuno, pastando a cientos y cientos por los prados siempre verdes; y ellas, las vacas, orondas en sus ubres repletas, no he podido menos de pensar si parte del desarrollo económico les habrá venido a los germanos por el ahorro de estos dos artículos que tanto derrochamos en el país nuestro...

Nuestro ganado asturiano bien puede estar satisfecho de la importancia que le damos a sus productos, y nuestras «lecheras» de Canarias, pueden seguir con sus cacharros a la cabeza prestando una estampa típica a las ciudades que aún no se han industrializado, para ofrecernos este principal alimento de chicos y mayores, que apreciamos todos, como ellas, las lecheras, bien se lo saben, su magnífico producto de venta.

Otra cosa que anda aquí desarreglada es el exceso de puntualidad. El lector español, creará que exagero, y no sería pensar mal ya que me conozco bien Andalucía. Pero esto no es exageración, pueden confiar en mi palabra. Bien, pues es el caso que si un autobús urbano, tiene señalada la hora en la parada X a las 5 y doce minutos, no llegará a las cinco, ni mucho menos a las cinco y trece. Necesariamente llega *siempre* a las y doce minutos. Esto es algo casi imposible en mi mentalidad española. Lo sabemos todos los peatones que vivimos de autobuses. Recuerde el lector los de cualquier ciudad nuestra. Tampoco se da el caso de no parar por venir llenos. Eso de ninguna manera. Hay un ángel invisible, que ya ha previsto las horas de más tráfico es decir, de más peatones. Y, ni usted, ni yo, nos quedaremos mirando al autobús que se nos va, y otro, y otro... para llegar a nuestro trabajo, porque ese caso no tiene aquí cabida. Claro que ahora viene la contrapartida. Como se justifican los alemanes de llegar tarde a la oficina, al banco o a la clase, sino es porque se ha retrasado o no paró el autobús? No se que podrán inventarse por aquí. Lo he preguntado pero no lo entienden ni siquiera los que hablan español. Justificarse de llegar tarde??? Esto parece que no tiene traducción en estas latitudes.

Pero hay más, en los hoteles lo mismo que en las casas particulares el grifo del agua caliente sale caliente... sin error. Las

puertas cierran todas de maravilla. La calefacción funciona regularmente, sin achicharrarte ni enfriarte cuando la necesitas suavemente. En fin, aquí debe haber algún gato encerrado que nosotros, los españoles, no sabemos aún donde está, pero lo cierto es que esto es aquí así. Doy fe.

La individualidad española, halla también aquí una fuerza de contraste. Me admira no solo la puntualidad, la disciplina y la seriedad, todo a mi parecer en exceso, sino también la organización aún en cosas de poca monta.

Hacemos una excursión, y no puede hacerse aquí «a lo loco», a la aventura, no señor. Ha de hacerse con planos, pensado cuidadosamente el itinerario, tasando el tiempo que se invertirá en el lago, en el museo, en el bosque... Naturalmente me rebelo. Ahora quiero contemplar como pasean los cisnes, pero es la hora de visitar el museo de pinturas (pongamos por caso); de mala gana dejo mi experiencia bucólica y abandono el idílico lugar. Pero una vez en el museo, lo olvido todo y empiezo (o quiero empezar) en seguida el recorrido. Pero ¡quíá! hay que esperar por el guía. Me molestan los guías digo hasta con enojo. Pero, hablan francés, puedes entenderlos. Grito con furia ¡no los quiero!; y además no saldré de aquí hasta que lo vea todo, a gusto, sin prisas, sin horarios, sin disciplinas. Me dicen suavemente que entonces no veré el bosque, ni el castillo ni el Rathaus, ni la playa, ni...

No me importa. He decidido que veo lo que quiero y luego me reuniré al final con el grupo. Mis amigas siguen siendo excelentes, me dejan por imposible, pero sé que en el fondo piensan que con tal desorganización no puede prosperar un pueblo. Y hasta es muy posible que me crean causante de nuestro sub...

9. La Ciudad de Gottingen

Gotinga es una Universidad hecha ciudad. Me explicaré. Es que la Universidad no está en un sitio determinado, sino que ocupa todas las zonas interiores y exteriores. Está diseminada no hay un lugar que se llame ciudad universitaria sino que es una universitaria ciudad. Con 10,000 alumnos y un gran prestigio tradicional sobre todo en la rama de matemáticas y física donde los mejores profesores europeos han tenido su cátedra. La ciudad geográficamente es como una espiral, cuyo centro van ensanchándose y envolviéndose hasta traspasar el radio urbano y abrir en espléndidas calles y avenidas. La parte antigua conserva su sabor, en el centro, el Ayuntamiento. Ya he dicho la importancia de esta institución en todas las ciudades. Aquí no desmerece a la tradición. Iglesias góticas, barrocas, neoclásicas modernas y modernísimas.

La ciudad de fundación medieval se enorgullece de haber sido

miembro importante en la liga Hanseática. Pero su legítimo orgullo está como he dicho arriba en la Universidad donde se han venido formando hombres ilustres hasta el punto de contar con once premios Nobel. Fué creada en 1737 por George Augusto, príncipe Elector y Rey de Gran Bretaña y de Irlanda, de ahí que lleve el nombre de «Georgia Augusta». Como Alemania Occidental forma un Estado Federal, estas universidades pertenecen a los respectivos estados, la de Gotinga depende de Hannover. En este sentido, los programas de estudios varían en los distintos estados y lo que es peor, no tienen validez dentro del mismo país los estudios realizados, sin que sea revalidados. Por una parte, disponen de cierta independencia administrativa y económica, pero a los alumnos se les causa grave perjuicio cuando por motivos familiares deben vivir en otro estado federal, porque no les valen los estudios.

En esta Universidad de Gotinga estudian muchísimos alumnos de diferentes y distantes países, en busca del título respaldado por un centro de tal prestigio.

Hay en ella un excelente Seminario de Filología española, atendida por catedráticos alemanes y lectores españoles. Es esta una de las escasas Universidades donde puede hacerse la Licenciatura en español. Las clases del idioma están distribuidas en dos grupos el de iniciados y el de principiantes. También existe un programa muy concreto de Literatura española e incluso hispanoamericana, que forman Cursos monográficos obligatorios. La evolución de la lengua se estudia en el Cantar del Mio Cid y en otras obras del castellano medieval.

Los alumnos no son muchos. En general empiezan de 60 a 70 para quedar reducidos a 15 o 20 en los últimos cursos. He tenido oportunidad de hablar con alguno de ellos y he comprobado su conocimiento exacto de la lengua así como su correcta pronunciación. Naturalmente que esto me ha producido gran alegría, es como una especie de oasis en esta gran nación en que pese a todo, y en este «todo» está incluido nuestras centenarias relaciones históricas, se habla muy poco español, y se conoce bien poco a España.

He tenido la honra de pronunciar unas conferencias de Historia en esta prestigiosa Universidad, y en su Seminario de Filología

española. Es admirable la atención y la disciplina del alumnado. En los pasillos no se notan las entradas y salidas de clase, se habla siempre a media voz. Ah! nuestras Universidades, con los pasillos repletos de alumnos que discuten de fútbol, del profesor, de la próxima «fuga», de la obra que han de ensayar para su teatro... Todo a gritos, todos con voz ronca ellos y ellas... los prefiero así.

Aquí los alumnos no tienen obligación de la asistencia a clase, por tanto no hay lista. Tienen sin embargo libertad para discutir con el profesor cuando lo cree necesario. Esta aptitud ya se va imponiendo también en las nuestras, aunque todavía quedan muchos sabios profesores de ultranza, que se creen infalibles en sus asertos, y se sienten ofendidos cuando algún discípulo pone reparos a sus concienzudas opiniones...

La disciplina y el respeto no se pierden jamás en la clase. Al profesor se le considera mucho. El catedrático o Profesor es siempre Herr Doktor, y me han dicho que en algún sitio el título se extiende a la esposa, con lo cual se le denomina asimismo Doctora por derechos de consorte.

Gotinga está también afectada del desarrollo urbanístico. Amplias y largas avenidas con modernas construcciones escapan hacia los alrededores y trepan por las colinas próximas, una de ellas está artísticamente rematada por un monumento a Bismark.

Se encuentran lugares deliciosos, el bosque llega hasta la ciudad; los lagos prestan el cristal verde de sus aguas, como ojos luminosos en la extensión ondulada de la topografía. Los jardines se hallan por doquier como ornato natural de la ciudad medieval, que conserva, solo ya en su corazón, el recuerdo de las pasadas centurias. Los alumnos universitarios de setenta naciones diversas se reúnen en el restaurante del Rathaus dándole un carácter especial de cosmopolitismo a esta encantadora ciudad que pudo escapar de la destrucción en las últimas contiendas.

10. Equipaje y meteorología

Después de un mes en Alemania, he recorrido muchos caminos. He andado docenas de kilómetros, por prados, avenidas y bosques. He paseado por barrios, ciudades y pueblos. En tren o en autobús los kilómetros pueden contarse por miles ya. El resultado ha sido una gran experiencia de este país, me faltan palabras, y quiero apresar las diversas impresiones. Bares, restaurantes, hoteles, horarios...

Lo peor ha sido las maletas. Las maletas que se hacen y se deshacen en cada lugar. La maleta siempre es nuestra inseparable, molesta e imprescindible compañera. Andamos con ella y no tenemos nada que hacer cuando nos falta. Allí los planos, la relación de museos, los lugares interesantes, la ropa, los apuntes. En fin, hemos de cargarla, y después de haberla preparado tan decentita, nos horroriza tener que deshacerla horas más tarde en el hotel que

nos albergará unas horas o unos días. La miramos —a la maleta— con cierto respeto. Podríamos detenernos en este lugar, tan agradable, pero... hay que hacer las maletas. Podríamos ir de aquí directamente al tren, pero... la maleta quedó en el hotel. Podríamos visitar en esta oportunidad tal museo, queda aún dos horas, pero y la maleta???

Allí van los trajes de invierno por si hace frío y los de verano porque puede hacer mucho calor. Junto con el abrigo y el inseparable paraguas, el calzado de vestir y las sandalias de andar, el vestido para el concierto y el deportivo. Hemos metido además los recuerdos comprados a costa de pocos marcos y de muchas pesetas, aunque hayan sido muy modestos recuerdos como en mi caso concreto.

En fin, todo con su peso y su dimensión debo cargarlo. Los brazos duelen. En los países subdesarrollados tenemos poca costumbre de cargar el equipaje. Así es de contradictoria la vida.

Con esta molesta, impertinente e imprescindible compañía de la maleta, seguimos recorriendo el país. Falta aún mucho por ver, y es todo tan interesante. Cómo perderse la visita al Balneario Pyrmont, si está considerado el mejor de Europa, además de la posibilidad de un baño en piscina? Cómo no visitar tal castillo, donde estuvieron prisioneros muchos oficiales aliados de la última guerra, que además es una fortaleza del Siglo X? Cómo dejar de ver los románticos lagos, próximos al lugar donde nos encontramos?

El tiempo ha sido muy variado. Lo hemos tenido de todos los colores: frío con lluvia, lluvia con calor, frío seco, tormentas con profusión, calor de más de 30 grados pegajoso y persistente. Y, como aquí están las casas preparadas para el frío no es fácil encontrar en ellas fresco, salvo, naturalmente, las que tienen jardín que son la mayoría. Pero, con los viajes es diferente. Los hoteles son calurosos, las camas con esas mantas especiales de plumas... no me

explico como quedan aves emplumadas en todo el pais. Las ventanas todas con amplios cristales, pero muy cortos espacio para abrir. Los autobuses tienen el mismo defecto. Y, hay que sentir lo que se pasa en un viaje largo dentro de un autobús, a treinta y tantos grados de temperatura, con casi todos los cristales hermeticamente cerrados, salvo algún fragmento superior... Pese a todo ello, estoy encantada de haber tenido la posibilidad de viajar. En todos los lugares el mismo esplendor de belleza natural. Todo verde o amarillo, por la recolección del trigo. Bosques en cantidades, flores, campos sembrados, casas oscuras asentadas en jardines, balcones floridos...

Pienso en España. También allí está ahora el calor que zumba. Y, no digamos en Andalucía. El turismo habrá pasado también lo suyo. Y cuántos llegan! Me informo por la prensa española que los trenes han aumentado y que las líneas aéreas van abarrotadas. Pero, estos parques y bosques a lo largo de las carreteras alemanas. Estos ríos caudalosos. Esto no lo tiene mi tierra. Tiene, sí, otras muchas cosas, por algo nos visitan. Pero siempre la pobreza del suelo español, y la falta de ríos con mucha agua, sin que desborde... España, siempre España en la mente y en el corazón, el recuerdo de la patria tan querida con sus múltiples defectos y sus múltiples grandezas. Áridas sus tierras y ubérrimo su espíritu. Rica por cuanto ha dado y mísera por lo que le han dejado. Todavía, en gran parte, se vive de leyendas negras fuera de sus fronteras...

11. Por la senda prohibida

«Di, verdugo, ¿quién te ha dado este poder que me domina por completo?... ¡Ten piedad de mí, déjame vivir!»

«Fausto» Goethe. Margarita en prisiones.

Preparamos el viaje a Berlín, desde Gotinga.

Trescientos treinta kilómetros en autobús, de ellos ciento y tantos en el sector ocupado por los soviets.

Dos horas y media de recorrido a través de pueblos magníficos y risueños en las horas tempranas, a través de tierras del occidente.

Hacemos un alto para el desayuno. Nos informan que debemos desayunar fuerte, porque nunca se sabe a qué hora se llega. Buen desayuno, y algunas frutas para el recorrido.

Subimos al autobús. El chófer habla a través del micrófono muy pausado, da normas concretas: a 200 metros está la frontera de los soviets, habrá control. Todos los periódicos deben quedar en el lado de acá; cada pasajero debe declarar el dinero que lleva, y el chófer lo anota en una lista ya previamente preparada por la agencia de viajes. Todos deben tener preparados la propia docu-

mentación. Ruega por último, que tengan calma y no protesten por tardanzas o preguntas que puedan hacer los guardias del control, pues tiene la experiencia del último viaje en que una señora habló airadamente por el tiempo que habían detenido el autobús, y el resultado lo pagó toda la excursión que debieron permanecer siete horas detenidos. Por último, no podrá bajar del autobús ningún súbdito alemán, los extranjeros por el contrario, deberían hacerlo, a fin de concretar ciertos requisitos.

Ahora todos muy serios, y con la disciplina germánica, cada uno abandonó su prensa, declaró al chófer el dinero que llevaba a Berlín y éste lo anotaba al margen de la lista preparada. Por último los pasajeros dispusieron el mejor de sus semblantes para ofrecerlo al control.

A los pocos minutos estábamos ante la barrera del sector soviético, un guardia pide la documentación al chófer, la revisa y abre la barrera. Enseguida sube el primer inspector recoge la documentación colectiva preparada previamente en el lugar de partida por la propia agencia de viajes, que es la responsable, en parte, de los pasajeros. Una vez examinada da el pase, unos cuantos metros, otro segundo puesto. Bajamos los extranjeros y el conductor. Eramos sólo dos los extranjeros, un turco y yo, —creo que desde Lepanto no nos habíamos encontrado tan cerca— como los guardias solo hablan alemán, permiten que me acompañe una de mis amigas para servir de intérprete. Hay una oficina muy pequeña, con un pasillo un poco largo con techo bajo. El aire está enrarecido. Hay otras varias personas, de otros varios autobuses. También hay algunas procedentes de autos particulares que esperan turno. Hay que hacer cola frente a la ventanilla. Unas señoritas me atienden desde una ventanilla. Debo llenar dos impresos, los de rigor, en las fronteras donde no hay relaciones amistosas, y decir el motivo del viaje. Cuando lo entrego me lo devuelven, explican que debo escribir todo en letra impresa —menos mal pensé, esto tiene arreglo—. Vuelvo a escribir con letra impresa todos los detalles que me pedían por duplicado, y lo entrego después de ser la última en la cola.

Regreso al autobús. Unos metros más, y otra garita de control; aquí nos devolvieron a los extranjeros el pasaporte con el permiso

del pase, previo pago de 10 marcos —unas ciento cincuenta pesetas—. Todavía queda otra garita de guardias, esta vez rusos, bastó conque el conductor enseñara su permiso...

Total tres cuarto de hora. Los guardias, armados, eran alemanes, y muy jóvenes, a excepción de la última guardia que como he dicho pertenecían a los soviets que también parecían demasiados jóvenes. Se mostraron correctos sin cordialidad, pero bien.

Ahora, hacia Berlín. Pero con la orden de que el autobús no puede parar por ninguna circunstancia, ni desviarse de la ruta. El conductor tiene sellada la hora de salida, por los guardias de la frontera, y precisando la hora en que debe llegar al fin. La velocidad no puede superar los 80 klmts. Tres horas a través de la autopista larga e interminable. El viaje hubiera resultado monótono sino fuera por el interés o curiosidad que me despertaba toda aquella nueva zona alemana, controlada por alemanes, gobernada por soviéticos y desprovista de pueblos y ciudades en los flancos de la carretera como hasta ahora habían sido todas nuestras excursiones.

Lo primero que noté fue el cambio de pavimento. Comenzamos a sufrir los baches interminables a lo largo del recorrido. A los pocos kilómetros se echa también de menos la falta de tráfico; una pista excelente que debería unir importantes zonas de la nación estaba casi desierta. La cinta recta del asfalto vacía de tráfico humano, comenzaba a producirme una especie de soledad que crispaba. Por fin en los altos puentes que como arbotantes cruzan la pista asomaron algunos transeuntes, a pie o en bicicleta que saludaban. Los niños especialmente, que veían llegar el autobús desde los puentes, movían las manos hasta perdernos de vista. Por lo demás, en la autopista, eeps, camiones escasos, con militares. Y pasaban los minutos lentos, esperando encontrar algún otro puente, alguna otra huella humana que nos saliera al encuentro con sus expresivos saludos.

Campos sembrados de lúpulo para la producción de la cerveza. Trigales que prometen espléndida cosecha, bosques. De los

lugares habitados, solo divisábamos las altas torres de alguna fábrica o Iglesia. Magdeburgo sobresalía en la niebla del horizonte, después Brandenburgo...

Alguna pareja de policía de tráfico, algunos trabajadores en camiones, obreros en sus tractores recogiendo la cosecha... esto creo es todo.

Resultaba monótono. Pero sé que hay días en que el tráfico se intensifica mucho. Esta pista es solo utilizada por los que vienen de Occidente, creo que por eso no se preocupan mucho de arreglar los baches, incluso las indicaciones faltan. No es necesario... solo hay que ir hacia adelante. Los pueblos colindantes utilizan las carreteras interiores. Hay días en que las colas de autobuses, camiones y autos esperando el control es de kilómetros. Nuestro conductor, que tiene mucha experiencia, estaba contento, todo resultaba bien.

Nos avisa que dentro de un momento llegaremos al control del fin de la pista, ya sabíamos todos la lección, no había necesidad de repetir. Aquí se volvió a mirar a cada documentación, los pasaportes extranjeros volvieron a ser revisados y sellados. Se dio el pase. Enseguida entramos en sector occidental y ya respiramos profundamente.

Mi gozo se quebró pronto... el espectáculo de las alhambradas comenzaba. Si, lo sabía, lo he visto en cientos de fotografías e informaciones. Se habla todos los días de ello, pero no es lo mismo verlo. Alhambradas dobles, guardias armados que pasean sus perros, largos trozos de bosques talados para facilitar la vigilancia...

Dios mío, pero esto es así, de verdad, esto *puede* ser así? Y, qué hay detrás de todo esto? Millones de personas que no conocen los horizontes, que están como encerradas en prisión, que no pueden visitar a sus parientes. Son alemanes, han nacido aquí, hablan el propio lenguaje, son hermanos de patria, de lengua, de intereses... pero se odian, no se han comprendido. Las alhambradas es el símbolo de la distancia que media entre unos pocos y otros muchos; los guardias armados con perros es la representación de la fuerza brutalmente impuesta, y estos guardias son también alemanes, incluso también los perros. Una parte de estos flancos, los que

pudieran ser mas vulnerables, están minados, para destrozarse al alemán que intente pisar un palmo mas de tierra alemana, un palmo más del que le tienen señalado como cárcel...

Y viene la intensa emoción de la solidaridad, casi sin quererlo y sin ni siquiera quererlo con todos estos seres que nunca he conocido pero que pertenecen a la gran familia de la Humanidad. Sí, otros pueblos también están sometidos, otros lugares también viven con perros, minas y policías, pero parece que cuando no los ves la cosa queda en la información periodística. Y, por desgracia, hay tanta triste información diariamente en la vida internacional de los pueblos que apenas nos queda tiempo para reparar en ella.

Con estas sombrías meditaciones y con las téticas visiones de alhambradas llegamos a *Berlin*.

12. La ciudad-tragedia

«Porque no me aprovecharán los muchos amigos, ni podrán ayudarme los defensores poderosos, ni los consejeros discretos darme respuesta conveniente... si Tú mismo no me auxilias, ayudas, esfuerzas, consuelas, enseñas y guardas».

Kempis, Libro III, Cap. LIX

Berlín, la ciudad más repetida en los discursos políticos, en la prensa de todas las latitudes, razas, lenguas y continentes. Berlín, siempre en las ondas de la radio, de la televisión, de la propaganda electoral... *Berlín...*

Llegamos a las dos de la tarde, desde la entrada de la ciudad a nuestro hotel hay un gran recorrido. La primera impresión me desilusionó. Me pareció una inmensa ciudad despersonalizada, demasiado grande, demasiado moderna, con edificios de todos los estilos, con calles excesivamente bien trazadas, con grandes almacenes, grandes fábricas, grandes... No me gustó.

Después de haberla recorrido, Berlín es ya algo inolvidable en todos sentidos:

Berlín es la ciudad de la industria y del comercio.

Berlín es la ciudad de la técnica y del arte.

Berlín es la ciudad de los museos.

Berlín es la ciudad de la elegancia.

Berlín es la ciudad espléndida.

Berlín es la ciudad-tragedia.

Y esta ciudad-tragedia, es la tragedia de Alemania, es el dolor de Europa, es la bandera hecha girones de la paz del 45. Es el complejo de Occidente.

Y pienso, si esto es así, porqué es así? Si los soviéticos no tenían potestad para realizar esta mutilación, porqué se le permitió hacerla? Y si la tenía, quien se la dió??? No entiendo de política, no pretendo hacer un discurso político. Es mi razón la que se revela contra quienes han podido evitar lo que al parecer está *ya* hecho, a pesar de todos los discursos y de todas las promesas.

Berlín es una maravillosa isla, cercada por barricadas. Los berlineses son los que menos pueden viajar de uno a otro lado. Las calles están muradas doblemente con un espacio minado. Las casas próximas tienen selladas las puertas, y ventanas o cualquier otro orificio, en un mudo y sepulcral silencio que es el silencio mudo y sepulcral de los habitantes. Unas cruces con flores, recuerdan los alemanes muertos por sus compatriotas alemanes. Desde las ventanas de las casas se arrojaban para pasarse a la otra zona. Pero ahora ya todos los recursos de una huída ha quedado definitivamente cortados. Incluso hay casas derribadas para la mejor vigilancia de la muralla. Una iglesia gótica, con la Imagen de Jesús en la fachada principal, ha quedado aprisionada detrás del muro, y también sellada, pero la imagen de Jesús está allí, vuelta a Occidente. Como triste paradoja esta Iglesia se llama de la Reconciliación. Ha quedado también entre muros un largo cementerio, los berlineses tienen permiso solo una vez al año para visitar a estos muertos suyos.

Iglesias, viviendas, cementerios... vida, muerte, espiritualidad religiosa, todo ha quedado aprisionado entre muros.

No intento describir las maravillas artísticas de la ciudad ni sus bellezas naturales, por otra parte conocida. He repasado la Historia Antigua en el incomparable Museo de Pérgamo y en el Museo Bode, he visto las inmortales obras que guarda Dahlem con su reducida sala destinada a España: un Goya, dos Velazquez un Sánchez Coello, un Bermejo, un Greco. He recreado mi espíritu en estas delicias de la cultura que sobreviven a las dos guerras y que no ha podido hundir aún la técnica moderna. Me han impresionado las construcciones magníficas de Iglesias, fábricas, edificios civiles... pero se han levantado en barrios inmensos totalmente arrasados por la guerra. Otros cientos de edificios, algunos de arquitectura centenaria presentan los aún frescos muñones de sus ruinas. Otros han podido ser reparados con magistral fidelidad. Muchos barrios son todavía solares o presentan las huellas ruinosas de edificios y plazas que fueron en su día el orgullo de la ciudad.

Y, los que vivieron en estas casas, en estos barrios, en estos lugares...???

Hacemos un recorrido en lancha motora por el río Havel en el Spandau. Es sábado y hace mucho calor. Parte de los berlineses se han trasladado a estos espaciosos lugares idílicos para disfrutar de la temperatura de sus bosques y del paseo acuático. Cientos de pequeñas embarcaciones de vela, falúas, barcas, cruzan la anchurosa avenida fluvial. Bañistas, familias enteras reposan bajo los árboles, aquí todo es paz...

Mientras, voy meditando en lo que he visto, en lo que me ha impresionado el día anterior. Estuve en el Berlín Este, el pase para los extranjeros es relativamente fácil. No tuve dificultad: declaración del dinero; cambio por moneda de la R. D. D. (República Democrática Alemana), abono de 10 M. D., rellenar un impreso, pasaporte, registro del bolso, pasar una puerta, ya otra zona.

Me detuve unos minutos en la puerta de salida, estaba el lugar deshabitado. En el interior dejé un guardia armado, es el que da el pase último, el que abre la puerta metálica.

Recorrimos la ciudad, en parte. Solo teníamos permiso para un día. Llegamos a las 9 de la mañana y regresamos a las once de la noche. No es tiempo suficiente para visitar demasiadas cosas. La mañana fue para los Museos. Una espléndida Iglesia, el Domo, orgullo de los berlineses, está en ruinas, pero conserva las torres truncadas, gran parte de la fachada, y la nave interior se mantiene casi toda, aunque desierta. Todavía están los escombros de la techumbre. Muy próxima una Iglesia católica, con planta y fachada griega y un interior muy moderno y amplio. Entré en ella con emoción. El edificio de la ópera muy bueno, de recién construcción.

En un panteón de fachada griega hacen guardia una impecable pareja rusa, está dedicada a las víctimas del fascismo y del militarismo. El interior es una sala de paredes oscuras con una masa de piedra negra en el centro. De las paredes cuelgan coronas de flores artificiales con cintas representando los colores de la bandera, y dedicatorias de las autoridades y jerarquías. Todo aquello me pareció muy oficial, muy frío, sin espíritu que vivifique aquel recuerdo. Quizá sea por la costumbre nuestra de unir siempre la idea de la muerte a la de la inmortalidad, simbolizada en la Cruz: recé. Me ocurrió lo mismo en la visita que hicimos en Berlín occidental a la prisión en que fueron ejecutados los que atentaron contra Hitler en el año 44. Una sala en la planta baja con los aparejos de la horca, y también coronas de flores, sin más. Pero luego supe que han erigido una iglesia en su recuerdo denominada Nuestra Señora de los Mártires.

Otro monumento arquitectónico elevado en una plataforma y también de estilo griego con guardias rusos permanentes está erigido en honor del primer batallón ruso que entró en Alemania, y otro, muy singular, al primer carro ruso que penetró en territorio germánico.

El recorrido fluvial de la tarde berlinesa, sus impresionantes parques, el cruce con las otras embarcaciones, la luz como cascada

entre los enormes árboles de la orilla, la sensación de paz... no bastó para dejar la obsesión de Berlín.

Atravesamos la calle «unter den Linden» (Bajo los árboles) que como es conocido está dividida en las dos zonas, y llegamos hasta la puerta de Brandenburgo. Desde unos doscientos metros antes están las barreras y los guardias, habían varias personas que se acercaban también. Aquí los guardias, alemanes, se mostraron cordiales. Alrededor alhambradas. Y, en la puerta un andamiaje que no puedo concretar si era de madera, torres de vigilancia, catalejos, y todo lo que supone una fortaleza-encierro. Les pedí a los guardias si querían fotografiarse conmigo y lo hicieron con gusto, sin pasar, naturalmente la barrera. Todos estos son hombres jóvenes, llevan fusil y pistola pero sonreían.

Quise visitar la Universidad. Humbolt está representado en la entrada por dos monumentales estatuas, una de ellas regalo de la Universidad de la Habana en el año 1930. Una asistente nos mandó a esperar. Cerca de la puerta había unos asientos. Al parecer se necesitaba un guía, pero pasó media hora, estábamos varias personas ya esperando y no quise perder más tiempo, pues era poco del que disponíamos. Sin embargo, tuve una conversación en esta espera con una señorita eslovaca, que hablaba correctamente español. Me contó que ha estudiado la literatura y la historia de España, pero era la primera vez que hablaba con una persona española. Simpatizamos, era muy habladora. Está allí trabajando de farmacéutica, conoce cuatro idiomas. No puede viajar a occidente, y ni siquiera a Rusia. Tiene novio en Francia, lo conoció en Berlín Este, pero no pueden verse. Tiene su problema, le encanta viajar, ser libre, visitar países, pero le está vedado. Puede casarse y reunirse con su novio, pero ya no le permiten regresar a su patria. Ella tiene padres y hermanos y esto le cuesta mucho. Practica el idioma español con los suramericanos, y, en efecto, su acento es de Ultramar. Nos despedimos. No volveremos a encontrarnos —dijo—.

En las calles hay muy poca gente. Almorzamos en un bar que nos recomendó un transeúnte. Había suerte porque no faltaban camareros que es la dificultad mayor de los bares en Alemania occi-

dental. La comida bien cocinada. De bebida, una especie de limonada. Pedimos leche, pero no servían. Luego hemos sabido que está reducida a los niños. El café lo tomamos en una cafetería muy chic, en el edificio de la Opera. Estaba llena de turistas de muchas naciones, aquí servían camareras y también abundaban, no había pagas de esperar.

Queríamos comprar algo de recuerdos... no había nada que comprar. Hasta las tarjetas son de muy baja calidad, y por supuesto no las hay de las Iglesias o edificios que puedan recordar el pasado. Tampoco en los museos había donde escoger, a pesar de guardarse en ellos maravillas de las antiguas Edades. Quizá fuera porque se han agotado, porque sino no tiene explicación.

El ambiente del Berlín Este es pobre y desolado. La diferencia es tan grande en el vestir, escaparates, coches, que solo viéndolo se puede hacer una idea. Lo primero que noté en cuanto atravesé la puerta divisoria fué la falta de flores. Ya he dicho lo que me ha gustado este especial adorno de las casas particulares y edificios públicos. Es algo que ilumina a las ciudades que se sale como una sonrisa de las casas, generalmente con fachadas muy oscuras. Esto en toda Alemania es lo común. Es como una necesidad ciudadana el cuidado de las flores y la lujosa ostentación de ellas en las casas propias y oficiales. Pues esta luz, esta alegría externa de la decoración floral falta en el Berlín Este, al menos en los barrios que visité. Y en la misma medida de esta penumbra en las fachadas es la penumbra de los habitantes.

He expresado también que los habitantes de Alemania los encuentro serios, que echo de menos el bullicio de nuestras ciudades latinas, pero aquí se acentúa. En las calles muchos policías, en las tiendas, en los bares y hasta en los museos. Es como si se estuviera en estado de guerra. Esta persistencia del uniforme policial no puede menos de sobrecoger a los sometidos.

Recorrimos otras calles y otros barrios, siempre a pie. No tengo mucho más que contar. Mi desconocimiento de la lengua alemana hace imposible el diálogo. Cuento lo que veo, con toda sinceridad.

Anocheía cuando pensamos en el regreso, de esta vez lo ha-

ríamos por el metro. Pero antes cenamos en la misma estación. También había muchas otras personas que aguardaban la cena. Las cenas aquí comienzan a las siete, como en toda Alemania, era más de las ocho cuando llegamos. Nos sirvieron camareras muy atentas, una de mis amigas puso en la mesa una botellita de licor que traía en su bolso e invitó a la camarera, que aceptó. La comida sencilla, pero bien cocinada. Todos los que estábamos allí en aquella estación procedíamos de la otra zona. A todos se nos terminaba el permiso de estancia a las doce de la noche, pero no quisimos aguardar a última hora. Por otra parte, ya no teníamos nada que hacer. La vida en toda Alemania se termina en las primeras horas de la noche. Me hubiera gustado ver ópera o teatro, pero estaban cerrados por vacaciones. Las calles desiertas, los comercios cerrados. Lo mejor era volvernos.

De nuevo la barrera del control. Antes nos habían vuelto a cambiar el dinero de Oriente por el de Occidente, el que nos sobró que fué casi todo, pues aparte del gasto del restaurante y entradas en museos poco fue el gasto realizado. Pudimos incluso dejar una generosa propina al servicio de comedor.

Los extranjeros tenemos entradas y salidas por lugares distintos a los alemanes. De forma que yo tuve que separarme de mis amigas en ambos casos. Luego ellas me recogían en la puerta que corresponde a la entrada o salida... En realidad están muy próxima, es que los requisitos del pase son diferentes, a ellos, los alemanes, les exigen más que a nosotros. Tienen ventajas los que no viven en Berlín, pues a estos solo con raras excepciones se les permite viajar a la zona soviética. En un pasillo de metro, hay varios puestos de guardias cerrados cada uno por barras de hierro que se abre para cada persona. Hay que pasar por todos, revisan pasaporte y permiso hasta llegar al último. Enseguida, y sin perder de vista el pasillo de guardia se entra en la zona occidental. Allí me detuve para esperar a las compañeras de viaje. Fué otra dolorosa expe-

riencia, pude presenciar las despedidas de los familiares de una a otra zona, las tristes miradas, los abrazos profundos, la resignación, el dolor contenido.

Hasta cuándo, esto? Cuánto tiempo este bozal? Cuánto más resistirán los alemanes esta prisión en el propio territorio?

Habrá quien piense que se lo tienen merecido. Habrá quien recuerde los horrores de las persecuciones pasadas. Habrá quien crea con optimismo que esto es la natural consecuencia o la factura que se le ha pasado al pueblo que tan cruelmente y sin par en la historia persiguió y truncó tantos millones de vidas.

Pero se olvida los juicios de Nuremberg, los campos de concentración de Siberia y los instalados por Occidente. Las prisiones y ajusticiamientos de tantos responsables, que aun duran.

Se olvida el millón y medio de alemanes que aún cuentan entre los desaparecidos.

Bien que la justicia caiga sobre los responsables, pero no puede castigarse de esa forma a todo una nación. A los 19 años de cesar la lucha, ha nacido una nueva generación. Los mismos alemanes fueron los primeros que sufrieron al Tirano. Y estos mismos están bapuleados por estas circunstancias bien tristes. Las consecuencias de este odio concentrado, de estos resentimientos ocultos, de esta inicua prisión en el propio territorio, de esta brutal y tajante separación entre alemanes y alemanes de una y otra zona puede ser un peligro tan atroz como las experiencias atómicas.

Subimos al metro, ya occidental, que nos conduciría al otro lado. El espectáculo de Berlín de noche, es sorprendente, como los de las grandes ciudades que se han valido de la lumotecnia (?) para hacer de la noche un día de luces cromáticas, y presentar el espectáculo de sus brillantes noches. El contraste «me dolió».

Spandau es extenso con sus barrios modernos, con fábricas, y edificios de primerísima categoría. Habíamos dejado el paseo por el río y nos adentrábamos en las calles y plazas. En uno de los

paseos encontramos la célebre fortaleza que guarda a tres presos considerados criminales de guerra. Una prisión inmensa, guardias de cuatro naciones que se suceden en la vigilancia de tres ancianos. Es paradójico esto. A qué viene este despliegue de fuerzas, esta exagerada vigilancia, este enorme gasto —pienso yo— para solo tres personas? Podían trasladarlo a cualquier otro lugar. Pero no, son tres, y los tres ya viejos encerrados desde el fin de la contienda. Sus compañeros han sido ajusticiados, han muerto por enfermedad ó bien han cumplido ya la condena. Me dicen que Hess y Speer posiblemente quedarán en libertad a causa de sus graves enfermedades, quedaría Schirrah, el más joven, jefe de las juventudes hitlerianas, con todas las guardias internacionales, y con la gran fortaleza, para él solito.

Las juventudes hitlerianas han tenido también una dolorosísima experiencia. Muchos de los afiliados, eran muchachos muy jóvenes, casi niños que les encantaban los cantos patrióticos, los uniformes, los trabajos rurales en medio de las clases, etc. La guerra los movilizó y arrasó a la gran mayoría que se debatían con el ardor propio de sus pocos años y en la defensa de la patria, a otra gran parte dejó definitivamente mutilados en sus cuerpos. Los que quedaban, después de la guerra, fueron enviados a campos de concentración por muchos años. Así, que se encuentran muchos hombres que no participaron, porque su edad no lo permitía, en ningún desmán hitleriano, ni supo jamás de los horrores del tirano, perseguidos encarcelados después de hacer la guerra por delitos que no solo no cometieron sino que ni siquiera sospecharon que los había.

Todo esto me confirma las primeras impresiones que tuve al pisar este país. Hay algo de trágico en sus habitantes, en su compostura, en sus silentes conversaciones. Hay un monstruoso Fausto que vendió el alma del pueblo alemán al Diablo, y ahora no puede rescatársela. Hay un pacto satánico por medio. Y Margarita, Alemania entera, espera la liberación.

Esperemos que la liberación no venga por medio de la fuerza. Esperemos que cesen las injusticias y que triunfe la bondad y la comprensión. Esperemos que la distensión política acelere la rup-

tura de barreras y minas. Esperemos que sea el Espíritu el que triunfe, el Amor, la Caridad.

Esperemos, a que la simbólica Iglesia de la Reconciliación con la Imagen de Jesús, aprisionada ahora entre muros se convierta en bandera de Paz. Para ello, los alemanes todos los de acá y los de allá necesitan llenarse hasta desbordar, del espíritu cristiano que he notado, con lástima, su falta, en ambas zonas.

13. El regreso

Ayer noche regresamos de Berlín a Gotinga. Estaba señalada la hora de salida a la 1 y media de la tarde. No nos dió tiempo a almorzar, los bares estaban superllenos y, como siempre, faltaban camareros. Con la puntualidad propia de los germanos, a la que he tenido que corresponder, estaba toda la expedición en el lugar convenido y con sendos equipajes a la una y veinte y cinco minutos.

Pero a esta puntual cita, no asistió toda la expedición, he aquí, que cuando se hace el recuento de pasajeros faltan dos señoras que durante la mañana habían ido al Berlín Este para visitar a respectivos familiares. La espera se hacía larga, si tenemos en cuenta que esperaban alemanes. Había además un calor pegajoso que nos intranquilizaba aún más. Alguno de los pasajeros protestó de la espera porque debía enlazar con un determinado tren; otros, por el contrario, en las mismas condiciones decían que no deberíamos partir sin que llegaran las aventureras señoras.

El conductor, que conoce todos los trámites porque hace viajes regulares, decía que al llegar al control tendríamos lío sino regresaban todos los pasajeros, pues la policía oriental tenía la lista exacta con reseña documental de cada uno. Total, esperar. Me alegró. Hubiera sido una faena dejar atrás unas señoras que además venían del otro lado.

Pensábamos en el almuerzo perdido, pero nadie se separó del autobús: disciplina. Las señoras llegaron después de una hora larga. No había ocurrido nada de particular, solo una detención en el control Este por exceso de gente...

Volvimos a recorrer los trescientos treinta kilómetros, volvimos a repasar todos los controles. Esta vez fue mucho más fatigoso. Mi pase duró tres cuarto de hora en una cola del pasillo donde no cabíamos materialmente los extranjeros que esperábamos. El calor, el pasillo estrecho, la caseta de madera, el techo bajo... no tener un lugar donde sentarse, o donde beber algo fresco, todo esto producía malestar. Pero nadie protestaba. Habían japoneses, ingleses, noruegos, franceses... que regresaban. Entretanto, el pasaje del autobús aguardaba dentro sin permitirle salir, haciendo cola también con otros muchos autobuses. La cola de los coches particulares era interminable. Al fin conseguí mi pase y también penetré en el caldeado autobús. Allí sin pizca de sombra, sin poder movernos de nuestros asientos, sin nada con qué aplacar la sed, tuvimos una hora más de espera. La policía había dado preferencia a los camiones que eran por docenas. Los guardias sudaban y la verdad es que procuraban acelerar, pero los trámites son los trámites. Tampoco ellos tenían donde refrescar, y andaban al sol, por parejas en las interminables filas, metidos en sus uniformes, pistola al cinto unos, otros además con fusiles, cumpliendo con su deber. Se les notaba fatigados.

Por fin nos correspondió el turno subió uno de ellos, había de nuevo que declarar el dinero que nos había sobrado. Pidieron a todos y cada uno minuciosamente la documentación. Los que llevábamos gafas oscuras o simplemente gafas, tenían que quitarlas para cotejar el rostro con la fotografía del carnet o del pasaporte... Otro segundo control y revisión, un tercero y un cuarto.

Pero todo tiene término y llegó la orden de marchar. De nuevo habla el conductor: tenemos tres horas de carretera por la zona oriental, sin parar. Paciencia y a esperar. Una niña que viajaba con sus padres estaba inquieta y sofocada, necesitava hacer algo... pero tampoco pudo hacerlo. Algunos intentaron dormir. La verdad es que sin el calor, la cosa no hubiera resultado tan difícil. Además antes de partir, todos sabíamos a lo que nos exponíamos. El conductor dijo que había resultado maravillosamente bien. Por mi parte doy por bien empleado todas las molestias, a cambio de haber vivido estos cortos días en la capital alemana.

Un pequeño incidente nos hizo parar obligatoriamente. La policía de tráfico multó al conductor por pase indebido a una moto. El conductor dijo que era razonable. Continuamos... terminaba, se acercaba el fin de la zona, y con él los últimos controles que pasaron bien.

A los cuantos metros teníamos el puesto de control de occidente. Se contentaron con la documentación del chófer, pero cuando supieron que venían extranjeros pidieron el pasaporte, entonces, yo en un acto de rebeldía, muy a la española, hablé muy de prisa —en español, claro— y dije que estaba cansada de tanto pasaporte y de tanto control, y que ya éramos *frei frei frei...* es la única palabra que se me quedó impresa de este recorrido *frei, libre...*

Debí decirlo muy airada, porque mi amiga tuvo que traducirle mis frases, el guardia dijo que lo comprendía pero que era solo mostrar el pasaporte.

Unos metros más, y salimos a la libertad, a la luz, a la tranquilidad. Un magnífico bar esperaba a nuestros hambrientos estómagos. Allí hicimos el almuerzo-cena eran las ocho de la tarde.

Cerca de las 11 de la noche llegamos a Gotinga.

La ciudad nos recibió con una esplendorosa noche de estrellas.

A esas horas, muy pocas personas transitaban las anchurosas y modernas calles, donde las casas aparecen como sumidas entre huertas y jardincillos, la decoración floral de los balcones produce un majestuoso aspecto. Pero Berlín ha sido la obsesión que no pudo borrar el encuentro de nuevo con la universitaria ciudad de Gotingen.

14. Religiosidad en Alemania

He dicho ya que he notado falta de espíritu religioso en Alemania. Las iglesias protestantes, que son en mayoría, en general permanecen cerradas, a excepción de los domingos y en las horas del servicio, solo uno en cada Iglesia. La zona Sur, es católica y las Iglesias abiertas prestan un agradable ambiente de espiritualidad, las imágenes de devoción en las fachadas o en los cruces de algunas calles, también recuerdan al visitante que no solo está hecho para el trabajo material y procurarse un próspero estado económico. Pero hay en el ambiente general algo que no puedo describir pero en el que se nota la indiferencia religiosa. Ni quiero ni puedo generalizar. Esto que escribo es solamente un apunte, y me gustaría estar equivocada. Pienso que en las circunstancias por las que atraviesa la nación, una buena dosis de religiosidad ayudaría mucho.

Tengo sin embargo que hablar de las misas en las iglesias católicas, sobre todo en las zonas protestantes que han sido las más visitadas por mí. Es una delicia ver la seriedad de los asistentes, la puntualidad y la participación de todos en los diálogos latinos o germanos y sobre todo en los cantos litúrgicos. Las mujeres van con la cabeza descubierta, y con una compostura muy digna, no necesitan llevar la manga más o menos larga, o el traje más o menos corto para que mantengan la mejor compostura. Porque aquí, la que va es por que lo siente, sin miras a exhibiciones personales. Cada uno se presenta a participar en el Sacrificio, no se les ocurrirá llegar después que el Sacerdote haya entrado en la Iglesia, ni mucho menos salir en cuanto se da la última bendición que es lo que se estila en muchos lugares nuestros. Las Iglesias son en general amplias, claras y cómodas. El celebrante habla siempre en mitad de la Misa. No entiendo, naturalmente lo que dice, pero debe ser muy bien expresado porque la atención que le prestan sus feligreses es estupenda. Cuando la Misa termina, se quedan aún, hasta cantar, creo que a la Virgen. Y lo hacen todos y todas, las voces de los hombres, de estos hombres y mujeres que no son religiosos rutinariamente sino auténticamente, se alzan que es un gusto.

Otra cosa me ha maravillado y es el cuidado de todas las iglesias que he visitado, y ya son muchas, por los monaguillos. Esos angelotes rubios, con sus irreprochables vestidos, siempre son tres o cuatro al menos. Con la seriedad tan impropia en niños en las horas de la mañana, siguiendo con toda lentitud y diría que casi con majestad todos los actos que le corresponden junto con el celebrante, me ha gustado. Por otra parte, a la Misa se va sin prisas. Pero hay que decir que el primero en no tener prisa es el propio celebrante y éste es, desde luego, el que da la pausa en la ceremonia religiosa.

El tren nos conduce ahora hacia Munich, pero hasta llegar nos quedan unas cuantas horas de viaje. El espectáculo de las bellezas naturales es siempre una distracción para el pasajero. La ventanilla del tren sirve de pantalla acelerada por medio de ramajes, prados, cotos, arroyos, arroyuelos, ríos... Los pasajeros van callados, pues no se conocen. En España al cuarto de hora sabríamos ya todos a donde vamos, de donde venimos y la última gripe que se pasó, pero aquí no. Leen o guardan respetuoso silencio. Hay un señor joven que lleva el típico traje alpino, seguramente irá de excursión —creo—. Hay una señora con sombrero y zapatos blancos que ha entrado con una joven, las dos callan. Hay otro señor que lee la prensa y no he podido verle el rostro. Llega el revisor, me pregunta algo que no entiendo, le muestro el billete y le digo que soy española, entonces el señor del periódico se ofrece a ayudarme. La impresión fue estupenda: ¿dónde había visto antes a esta persona?

Salió el revisor, nos dijimos a un tiempo: nos conocemos. En efecto, se trata de un antiguo compañero, que desde hacía años no había vuelto a ver. Yo tenía grandes deseos de hablar, pues aquí esta cualidad tan esencial de la mujer, y que tanto se le reprocha en todos sitios, se había convertido forzosamente en virtud. Hablamos de muchas cosas, es decir, hablé yo. Salimos al pasillo para no molestar. El tren nos conducía de Sajonia a Baviera, las ciudades se sucedían. Mientras, hablamos de España, de Alemania, de este viaje, de mis impresiones. Respondía a todo cuanto me preguntaba mi antiguo amigo con la avidez del español que hace tiempo está fuera de la patria. Al fin, le dije, ¿y tú, qué haces, de profesor?

No me quedé demasiado extrañada cuando me habló que es sacerdote católico, y que trabaja en una determinada parroquia. Se me abrió el cielo, ya tenía yo con quien comunicar mis impresiones sobre el tema que venía meditando desde hace días, es decir, sobre la religiosidad alemana.

Es obvio decir que mi antiguo amigo, ahora sacerdote, iba de paisano, con pantalón negro y chaqueta clara. De momento ya pensé que con seguridad me habría encontrado con algunos otros,

pero sin reparar en su estado religioso a causa del traje. Entonces llegamos hasta el final del recorrido cambiando los papeles, es decir, era yo quien preguntaba y él quien hablaba, extensamente. Le gustaba el tema. Le apasionaba, y aún más, agradecía mi interés.

Quiero resumir aquí lo que oí de boca de este sacerdote español que trabaja en Alemania y que ha llegado a identificarse con este pueblo, hasta entregar a él su vida joven de apostolado. De pronto me convertí en periodista, y bolígrafo en mano «lo atacé» con preguntas como si fuera una profesional. Los señores periodistas perdonarán este intrusismo y excusarán la falta de *estilo* en el interrogatorio.

—¿Piensas, como yo, que hay una gran falta de religiosidad en Alemania, que no se encuentra a Cristo fácilmente?

En parte sí y en parte no. Me explicaré: la juventud alemana pasa por unos momentos de grave crisis. Las familias deshecha o desunidas, los hijos que no han conocido a sus padres, los que de muy pequeños vivieron el terror de la retaguardia, el perenne estado de incertidumbre, la desilusión y la falta de fe en los ideales, los hace indiferentes. Incluso muestran una postura, a veces, de pasividad como si nada les interesara fuera de las distracciones o el buscarse un empleo lucrativo. Pero esto es lo que pudiéramos decir, la capa externa. A esta misma juventud se le habla de la Caridad, del Amor, del Sacrificio, y están dispuestos a darlo todo. Es como una selección todavía, son grupos reducidos que no deslumbran en la vida pública, pero que indudablemente representan un magnífico fermento para el futuro. Hay otra cosa muy interesante, un fenómeno que nos tiene a los sacerdotes siempre alerta. Los jóvenes alemanes no quieren sermones, quieren ejemplos. Y no es extraño que cuando se les habla de las virtudes esenciales del catolicismo, pregunten con la mayor naturalidad y publicamente: ¿Y usted, padre, cumple todo eso que dice...?

—Qué métodos usa el sacerdote católico para atraer la atención de esta juventud indiferente?

Les presentamos un programa de alegría y de Esperanza, que es el programa universal cristiano. Tenemos clubs deportivos, teatros, juegos, y la parte formativa en la que todos intervienen con diálogos y discusiones. La Bondad, la Humildad y la Caridad es el lema de nuestros grupos.

— Y estos jóvenes, ¿influyen en su medio?

Pues en esto también hay que tener en cuenta que después de las dos guerras en que Alemania quedó vencida y a merced del vencedor, el núcleo central, que es la familia, no es demasiado sólido. Podemos considerar que solo el 30 % aproximadamente de las familias viven regularmente, sin separaciones por parte de los padres, o nuevas uniones ilegítimas, y, naturalmente, no es todavía este el ideal de familia donde se ha de formar el nuevo católico, pero aún así, se va consiguiendo algo.

— Puedo preguntarte, qué es este algo que se va consiguiendo? Estás satisfecho de este poco?

Bien, te lo expondré. Si bien digo algo, desde luego estamos satisfechos. Puedes decir en tus notas que la Acción Católica alemana ha preparado ultimamente doscientos mil jóvenes que prestan sus servicios en países subdesarrollados.

— Perdona, pero dices 200,000?

Sí, doscientos mil. Y a esto llamamos todavía algo. Estos jóvenes de ambos sexos, ayudan en hospitales, escuelas, universidades, talleres, obreros agrícolas, técnicos.

— Te habrás dado cuenta de mi asombro. Esto es más de la medida de los que podía suponer. Claro que hay un fermento que ya empieza a crecer y a agigantarse, aunque yo no lo haya visto...

Sí, pero quiero hablarte también de la parte negativa. Como te decía al principio esta es la selección. Sin embargo los pueblos y sobre todo el campo están descristianizados. Hay una falta enorme de congregaciones religiosas que puedan atender estos lugares. En ellos se nota la carencia de espiritualidad que tu has notado, y que en realidad es así. El desarrollo económico, el llamado milagro alemán, no ha sido demasiado buen signo para la juventud, que sin apenas lucha se encuentra con una posición mas que regular. No piensa en los que sufren ni en los que carecen de todo. Se han

hecho algo así como egoístas, y claro, los ha absorbido el materialismo, la vida fácil, la excesiva comodidad que no siempre es favorable a la vida del espíritu. Mira, aquí se dice, que cuando las persecuciones de Hitler había muchos más y mejores cristianos que ahora con todas las facilidades económicas. Porque ante las dificultades y las persecuciones, se robusteció la fé, como ha pasado siempre en la Historia de la Iglesia.

—Sin embargo, yo quisiera para España este resurgimiento económico. Me duele, como a tí la pobreza de nuestra gente, y sobre todo la miseria.

Sí, también yo lo prefiero, pero no puede desligarse de una gran fuerza espiritual, porque sino nos quedamos solo con lo fácil, con lo material. Las causas de que falte esta fuerza religiosa en una gran parte del pueblo alemán, ya las conoces, no hubo materialmente tiempo de restañar las heridas de las catástrofes y recomenzar. Se empezó antes por resolver el problema de vida, y no se estaba preparado para recibir este esplendor económico. Ya sabes, aquí como en nuestra tierra, la gente mejor es la del pueblo y la clase media. También de aquí salían las vocaciones. Ahora con el pueblo apenas puede contarse. Pero tengo esperanza...

—Me pregunto si estarás encantado con tu parroquia. Al menos no tendrás pobres por quienes preocuparte.

Te equivocas. Hay muchos pobres vergonzantes que necesitan ayuda. Aunque sí puedo decirte que no me falta la caridad de los pudientes. Pero atiende a que sobre todos los viejos, no están incluido en este resurgimiento nuevo. Tienen pensiones tan ridículas que no les da ni para empezar a vivir, no te digo lo que pasarían en los crudos inviernos sino fuera por que se les socorre. Además, no sé si habrás caído en la cuenta de que una gran mayoría de los habitantes de Alemania son viejos, los jóvenes fueron segados con la guerra. En Berlín más de la mitad de la población ha cumplido los setenta años... Este problema de la vejez desatendida es grave, pues apenas se conocen los asilos de Ancianos y es algo que el Estado debe resolver cuanto antes.

—Qué defectos acusados encuentras entre los católicos españoles?

La soberbia. Somos prontos a juzgar y tardos en comprender a los que no piensan como nosotros. Necesitamos los españoles de mucha humildad, mucho sentido de la Hermandad cristiana entre los Hombres. Por esto he tenido mas de un roce con algún compañero español. Ya sé que no todos son así. Pero hay religiosos y sacerdotes españoles todavía que piensa que solo nosotros, y por nosotros se va a salvar el mundo. Y esto es una aberración de soberbia.

—De acuerdo, pero ya has dicho que no todos son así. Yo puedo además decirte, que es así solo una minoría. El clero español está pasando también por un resurgimiento espiritual como pocas veces lo ha tenido en su historia. Está comprendiendo la Universalidad de la fé sin encerrarse en disquisiciones mas o menos de costumbre o de fórmulas trasnochadas.

—Y por último, qué cualidad encuentras mas preciada entre los españoles?

La alegría. Esa sencilla alegría y cordialidad que encuentras aún en las personas más pobres y carentes de lo necesario. Esa facilidad en la comunicación, en el diálogo. Ese afecto por unos y otros. Todo esto no deja de ser un don, que caracteriza a nuestro pueblo.

Nuremberg... Munich, a qué repetir? Grandes ciudades con trágicas historias recientes, muy recientes. Florecen y renacen. Pasarán los años y todo quedará en lo ya ido. Pero de momento, la misma desolación en medio de su esplendor reciente. El mismo resurgimiento de los escombros y las muertes. Las mismas ruinas, los recuerdos de trágicos años en que el horror y el pánico mero-deó hasta saciar y apoderarse de los miles de habitantes, entonces vivos que poblaban sus tierras, sus ciudades, sus campos.

Me detuve en Munich. Mi compañero de antaño, ahora sacerdote, preguntó qué pensaba del título para estas notas, se lo dije. Le extrañó lo de «las tierras del Fausto». Le aclaré, que lo relacio-

naba con el alma vendida al diablo, sonrió, no se quedó muy convencido. Ten cuidado de no generalizar —dijo— este magnífico país tiene muchas sorpresas. Nos despedimos.

Yo no sé por qué sentía el orgullo tonto —orgullo español debe ser— de que un compatriota, y sobre todo gran amigo fuera apóstol en Alemania, porque estoy segura de que lo es. Ya era un estupendo seglar que pensaba y se preocupaba más del prójimo que de sí mismo. Yo lo recuerdo en barrios miserables, llevando alegría y algún dinerillo a familias necesitadas, y siempre como quien no hace nada. Su inteligencia clara y despierta lo hacía sobresalir entre muchos, en fin, escogió el mejor camino y ahora siento este orgullo como si compartiera su apostolado.

15. A los 19 años de paz

En Munich no fue difícil encontrar al Profesor X. Está en vacaciones. Pero descansa trabajando en una importante obra de Historia Universal. Su casa es mitad museo, mitad biblioteca. Su esposa es una virtuosa del violín, y ejecuta en una habitación distante de donde trabaja el historiador. Había en aquella casa un especial ambiente de estudio y de arte que se mostraba en cuadros, curiosidades, muebles y en general en todo el decorado.

Allí tuve la gran oportunidad de seguir charlando. Cosa para mí doblemente grata, primero por poder atentar en favor de la charlatanería de que se nos acusa siempre al sexo débil, y además porque la conversación con este señor me fue de gran utilidad para estos apuntes e impresiones. Por otra parte se van pasando los días y debo regresar. Pero tengo un especial regusto en escribir todo aquí, no dejar que pase la huella de tantas impresiones, de tantas sorpresas, de tantas cosas que me admiran.

La suerte había sido generosa conmigo. En poco tiempo había tenido la oportunidad de hablar con personas que por su especial profesión podían aclarar mis opiniones rápidas, pero que se fijan en la mente como algo verdadero, por eso las llevo escritas. Este día ha sido de lluvia, mucha lluvia, la tarde anterior habíamos pasado calor. Creo que con este contraste de clima en el verano, puedo comparar también las sinrazones de la situación de este país.

Afortunadamente el Profesor habla correctamente español. Ha estado varias veces en América y en España. Me pareció imparcial y certero en sus juicios. Aquí volví a utilizar el intrusismo periodístico y surgió una nueva entrevista...

—Profesor, cómo juzga usted, que este pueblo haya podido ser el causante de la muerte atroz de tantos seres, cómo es posible que semejante genicidio fuese aceptado?

En primer lugar, no confunda usted al pueblo alemán con los dirigentes de entonces. Hubo sí, demasiados dirigentes que estaban en el secreto del crimen. Y esto sí que es extraño, que hubiese tantos sin que les inquietase su moral o sencillamente la repugnancia natural de todo ser humano a la destrucción sistemática de otros hombres. Pero esto el pueblo alemán lo ignoró.

—Es que no comprendo como pudo ignorarse este cúmulo de millones de muertos. ¿Cómo se justificaba las ausencias de familias enteras? Cómo no inquietarse por su suerte?

Verá. Quiero ser simple en mis juicios. Ya sabe que no soy alemán. Incluso tengo en mi haber tres años de campo de concentración custodiado por alemanes. Pero no se puede juzgar ligeramente. Creo que el gran defecto del pueblo alemán es su excesiva disciplina. El pueblo creyó de buena fe, que los judíos, según versión oficial eran trasladados a otros lugares para evitar que entorpecieran el éxito de la contienda. Los judíos, en general simpatizaban con los rusos. En Alemania eran poderosísimos, tenían puestos destacados en la sociedad, en la cultura, en la prensa, en la Banca, entonces era un estado dentro de otro Estado. Al pueblo se los señaló como enemigo peligrosísimo, y aceptaron la idea de que se les imponía el traslado forzoso a otras zonas. Por otra parte, la fe ciega en el poder superior, la disciplina, y el terror, que también

lo había, hizo que si alguien sospechaba no se atreviese a preguntar. Lo mejor era ignorar las cosas. Pero creo sinceramente que de esto no se le puede reprochar absolutamente nada al pueblo, aunque sí a sus dirigentes, que como ya le he dicho fueron numerosos.

—Pero estas personas, ¿no tuvieron nunca el horror a lo que hacían, el sentido de que se les pedirían cuentas?

Creo que los que organizaron el plan de exterminio y los ejecutores no. Piense en las ideas de Hitler que se habían apoderado de sus colaboradores. Por el bien de Alemania, habría que llegar hasta este medio. Piense usted, que antes que a los judíos le había correspondido el turno a los propios alemanes enfermos e inútiles. El hombre ó mujer alemán que no pudiera prestar un servicio efectivo a la nación a causa de su enfermedad, había que eliminarlos. Era un lastre social, consumían los productos alimenticios en tiempos de guerra; al final, con la paz, los mejores habrían muertos; y ellos, los inútiles, poblarían una nación desolada. Técnica y friamente, sin la menor moral ni respeto a la dignidad humana, se les hacía morir en hospitales y clínicas.

—Y las naciones extranjeras, ¿no tuvieron conocimiento de estas cosas?

Sí, y lo publicaban en la prensa y por las ondas de la radio, pero se creyó el producto de una propaganda. Todo tiene una causa. En la primera guerra europea, los aliados habían contado terribles crímenes cometidos por los germanos en las ciudades ocupadas, con detalles y descripciones macabras. Con la paz, y apesar de haber quedado Alemania vencida, como lo fue ahora, se pudo conocer que era todo mentira, pura propaganda para desmoralizar el campo enemigo. Pues ahora, cuando hablaban con verdad de las matanzas de judíos, pocas personas lo tuvieron en cuenta. Si acaso serían exageraciones.

—Hay otra cosa que me ha extrañado. ¿Como se pudo localizar tan facilmente a los judíos, si eran millones, extendidos por Alemania, Austria, Polonia...?

Pues, más sencillo de lo que usted cree y de lo que parece, pero que no se dice. Muchos judíos intervinieron en estas acusaciones. Muchos fueron los que denunciaron a sus hermanos de

raza. Ellos, desde luego conocían muy bien el paradero de sus compatriotas. Y se pusieron al servicio de S. S. (*)

—No me lo explico.

Sí, es difícil. Pero siempre ha existido en la humanidad, y en todos los pueblos y continentes, estos engendros de la naturaleza que se prestan a la delación por salvar sus miserables vidas. Y no solo se prestaron estos a delatar, sino que incluso fueron ejecutores efectivos de sus hermanos de raza.

—Y se salvaron?

La mayoría no. Murieron con el mismo hierro que habían matado.

Además quiero recordarle que la técnica usada por los verdugos es invención judía, no germana. Otros que colaboraron y con entusiasmo en la exterminación de los judíos fueron los ucranianos. Pero es Alemania quien ha cargado con toda la responsabilidad. Creo que a los alemanes les falta la diplomacia de otros pueblos que tampoco están exentos de matanzas semejantes, y han sabido cargar con culpas a otros, o bien dejar en el misterio sus crímenes horrendos.

—Qué opina del juicio de Nuremberg?

Que fue arbitrario. En primer lugar, no se ha juzgado aún a los criminales de guerra de los pueblos vencedores. Piense que en Polonia, mi patria, los rusos liquidaron a los oficiales del ejército y no se les ha pedido cuenta. Hay criminales de guerra en aquellos que dieron las órdenes de maceración contra la población civil, de Alemania con bombardeos continuos noche y día hasta suponer un número aproximado de un millón de muertos en poblaciones indefensas... y tampoco han sido juzgados.

(*) Este capítulo fue publicado en la prensa local. Debo hacer constar aquí que he recibido numerosas comunicaciones por parte de alemanes residentes, y también de otros alemanes no residentes que lo leyeron ocasionalmente. Me dicen que no es cierto que los judíos se prestaran a delatar a sus hermanos. Insisten en que solo pudo ser algún caso aislado para poner a salvo a algún familiar, quizá sus padres ancianos u otro caso semejante.

En mi deseo de expresar la verdad, agradezco a los numerosos comunicantes estas advertencias que ofrezco con todo gusto al lector.

—Sí, pero me han dicho, los mismos alemanes, que también Londres fue bombardeada hasta el exterminio, se había declarado la guerra total y ya no había consideraciones.

Sí, es cierto. Pero puede usted decir, que el iniciador de este exterminio de la guerra a muerte fué Churchil, hasta entonces, la guerra se había desarrollado dentro de los límites que pudiéramos llamar honestos. Después de este inicio terrible, Alemania contestó. Pero no partió de Alemania, sino de Londres, concretamente, de su Primer Ministro, y, tampoco ha sido juzgado como criminal de guerra.

Todavía tiene más, un ejemplo que la va a ilustrar mucho. Se habla demasiado de las relaciones del Jefe de Estado de su país con Hitler, y es un banderín que se enarbola para toda la propaganda contra la política actual de España. Pero nadie ha pedido cuentas a los aliados, ni he visto que hayan sido denunciados, ni bloqueados sus puertos, ni siquiera impedidos a entrar en ninguna Organización Mundial a pesar de haber sido camaradas de guerra del comunismo soviético, y de que este haya invadido media Europa y tenga a Alemania en las circunstancias que usted misma ha observado. Si usted se pregunta sinceramente por la causa de la rápida expansión del comunismo en el mundo, creo que no le sería difícil ver que el dominio de Europa ha sido el puente y baluarte para ulteriores conquistas. Y, quien los trajo a Europa?

—Y ahora?

Pues ahora, el ejemplo de Alemania va cundiendo. Alemania Este-Oeste, tiene semejanza con Corea Norte-Sur, con Vietnam Norte-Sur... y en fin de seguir así, no habrá más remedio que pensar en que lado del propio país nos corresponderá vivir en el futuro.

Por otra parte, hay también los criminales de guerra en China, que se silencia cuidadosamente incluso por los occidentales. No sé con que motivo. ¿Sabe usted que se calcula ya en 20 millones los chinos eliminados por el gobierno actual comunista?

La verdad es que no quería saber más, ni siquiera quería saber tanto. No sé si es egoísmo, pero ya prefiero no conocer más tragedias. Prefiero pensar que la Humanidad buscará el camino para no destruirse a sí misma.

Quizá fuera por todo este doloroso diálogo, por lo que Munich me pareció trágicamente grande. Las altas torres y sus edificios se desdibujaban en la tarde lluviosa y fría. Andando lentamente me producía la impresión de que estaba en una ciudad irreal. Pensaba que quizá, por aquella misma calle, dentro de aquellos mismos edificios, vivirían muchos de los hombres que con el natural terror, esperaban el turno de la guardia de la S. S. para conducirlos al fin. La niebla me envolvía y ayudaba a mi mente en representaciones trágicas de multitudes, de alaridos desgarrados emitidos por millones de seres despiadadamente aniquilados. El chapoteo de mis propios pasos me repercutían en el cerebro y me hacía volver la mirada en busca de la persecución que se me aparecía tremendamente real. Sentí miedo y terror. Quise pensar en todas las víctimas pero solo imaginaba muchedumbres agonizando en medio de tormentos inmensos. Cuando llegué al hotel, la frente me ardía. Es la fiebre que siempre me ha producido una gran impresión.

Al despedirme del profesor había dicho: He sufrido prisión por los alemanes. Luego he sabido que en el campo aliado, los prisioneros no fueron tratados con menos rigor. Esto me ha hecho desconfiar mucho de la bondad de los hombres y de sus métodos de propaganda. Ahora vivo sin resentimiento, y, ya sabe, la Historia es la gran Maestra de la Vida.

16. Un símbolo de Esperanza

El traje pintoresco de las mujeres de Baviera, ponían un motivo de perennidad en el tumulto oscuro de mis ideas. En los bares se hablaba ante los jarros de cerveza espumosa. Los inmensos bosques parecían fantasmas que descendían en acecho de cualquier monstruo medieval que quisiera producir el pánico de las horas serenas, en el crepúsculo dorado de la ciudad que fue centro del Nacional-Socialismo hitleriano.

De Munich me dirigí a Austria por breves días. Al regreso quise conocer el pueblo alemán fronterizo del que me habían hablado con entusiasmo.

Burghausen es un pueblo separado de Austria tan solo por 50 metros, el ancho del río Salzach. Es una joya medieval al sur de Alemania, que recuerda sus glorias en edificios magníficos de tradición y estilo germánico. La ciñe un cinturón de fortalezas de

de un kilómetro de longitud —la más larga de Europa— conservado todo con verdadero primor. Paralelo al río hay un balneario, todavía poco explotado, correspondiente a un lago natural, donde aún las caravanas de turistas de ambas naciones no han reparado bastante. Por ello conserva ese señorío de paz y de quietud alegres.

Aquí no encontré huellas de pasadas guerras y tampoco me esforcé en preguntar si las había. He querido quedarme con esta sensación de alegría intensa que muestra el lugar. No puede llamarse frontera ni siquiera Aduana a lo que existe entre Burghause y Austria. Allí todo el mundo pasa, incluso los extranjeros, sin dificultad, y casi sin atención aparente por parte de los empleados. Instintivamente recordé otras fronteras de dentro del país...

En Burghause me detuve dos días. Aquella estancia ha sido como un remanso de paz, como un volver a encontrar el hilo de la vida, como una sonrisa esperanzadora. Sin bullicio pero la vida latente, sin amenazas, sin ruinas. Los habitantes deben estar orgullosos de sus castillos, palacios e Iglesias majestuosas. Los paseos con lugares como los descritos por nuestro Fray Luis de León. Sus fortalezas magníficas y soberbias, cumplen hoy con la misión cultural de servir de museos.

El río Salzach pasa mansamente rozando ambas orillas indiferente a todo convencionalismo político. El río no entiende de fronteras. Y las autoridades de ambas naciones, lo han imitado en sus francas y cordiales relaciones que diariamente se extienden de uno al otro lado.

Dejé el esplendor de Burghausen con el gozo de haber descubierto una nueva cantera de solidaridad entre los pueblos. Dentro de dos días estaré ya en España. En seis semanas de viaje no he podido ver más ni sentir menos. He visto y he sentido con la sinceridad propia de quien ha llegado sin prejuicios.

Alemania me ha maravillado y en ella he sufrido.

En Alemania
Junio-Agosto 1964

INDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo	XI
1. De Canarias a Francfort	9
2. Paisajes, personas y flores	15
3. Osadía lograda	21
4. Mi encuentro con el César	29
5. La Novia del Elba.	35
6. Lo que se ve al paso	41
7. Casel, Goslar, y el Hartz.	49
8. Las malas costumbres germanas	57
9. La Ciudad de Gottingen.	63
10. Equipaje y meteorología.	69
11. Por la senda prohibida	75
12. La Ciudad-tragedia.	83
13. El regreso	95
14. Religiosidad en Alemania	101
15. A los 19 años de paz	111
16. Un símbolo de Esperanza	119

Publicaciones del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias

ALVAR Manuel.—Acercamientos a la Poesía de Unamuno. 1964 Universidad de La Laguna e Instituto de Estudios Hispánicos.

ALVAREZ CRUZ, Luis.—Medallones del ochocientos. La vida romántica de Fernanda Siliuto, 1.959.

ARMAS AYALA, Alfonso.—Espino-sa Cazador de Mitos. 1960.

BARD, Joseph.—El Dinamismo de una nueva Poesía. 1957.

BORGES Analola.—Alvarez Abreu y su extraordinaria misión en Indias. 1963.

BORGES Analola.—Lo que ví en las Tierras del Fausto. 1965.

Memoria 1953.

Memoria 1953-54.

Memoria 1955.

Memoria 1956-57.

Memoria-Resumen 1953-57.

Memoria-Resumen 1958-62.

REGULO PEREZ, Juan.—Necesidad histórica y valor literario del Esperanto. 1956.

RUIZ ALVAREZ, Antonio.—Poetas del Puerto. 1957.